

Además...

SUPLEMENTO DOMINICAL DE "LA REPUBLICA" CON ESTE CONTENIDO:

- * Los maestros de la literatura policial: LA VENTANA, (Novela completa), por Cornell Woolrich
- * NOCTURNO ALDEANO (Poema), por Efraim Sáenz Cordero.
- * ANECDOTARIO NACIONAL, por Carlos Fernández Mora.
- * El tico y su tierra: ¡LA TIERRA PERTENECE A TODO EL PUEBLO!, por William Vogt.
- * LA JUERGA EXISTENCIALISTA, por Germán Arciniegas.
- * El Teatro: RECUERDOS DE HENRI BERNSTEIN, por Antonio Magaña Esquivel.
- * Los libros y los días: ROBERT FROST Y LAS COSAS SILVESTRES, por Ramón Sender.
- * CARTAS DE LUZ DEL ALBA.

San José, Costa Rica, 16 de mayo de 1954

N 97

LA VENTANA

CAPITULO I

Por CORNELL WOOLRICH

L chiquillo tenía 12 años y le llamaban Buddy. Su verdadero nombre no era ése, sino Charlie, pero todos le decían Buddy.

Era pequeño para su edad. El mundo en que vivía también era pequeño. O, para mejor decir, lo era uno de ellos. Vivía en dos mundos al mismo tiempo. Uno estrecho, mezquino y sombrío (dos escuálidas habitaciones al fondo de una casa de vecindad de seis pisos, en Holt Street número 20; sofocantes en estío y heladas en invierno). Solamente dos personas mayores habitaban aquel mundo: mamá y papá. Y un puñado de chiquillos como él, a los que conocía de la escuela y de jugar en las calles.

El otro mundo carecía de límites y de fronteras. Todo es posible dentro de él. Puede irse a cualquier parte. Basta con sentarse y pensar con fuerza, creando sobre la marcha cuanto uno quiera. Es el mundo de la imaginación. Y en él vivía mucho el chiquillo. Pero aprendió a no mencionarlo. Le decían que estaba demasiado grande para tales tonterías. Lo regañaban, llamando mentiras a lo que contaba. La última vez que habló de aquellas cosas, papá lo amenazó:

—Te voy a dar una severa paliza la próxima vez que vuelvas a inventar otro de tus fantásticos embustes.

—Todo es consecuencia de las películas que va a ver los sábados por la tarde —sugirió mamá—. Ya le dije que le prohíbo volver.

Y llegó por fin aquella noche. Era cálida, y daba la impresión de que le echaban a uno en el cuerpo toneladas de brea hirviendo. Julio es un mes caliente en todas partes; pero en Holt Street es el mismísimo infierno. Intentó dormir, sin resultado. La ropa de su cama estaba húmeda y arrugada por el sudor. Papá no se hallaba en casa; trabajaba de noche.

Las dos habitaciones semejaban el interior de un horno, con los mecheros encendidos a todo fuego. Por último, tomando consigo la almohada, saltó por la ventana e intentó dormir en el rellano del escape de incendio.

No era la primera ocasión en que hacía tal cosa. Otras noches calientes había dado el mismo paso. No había peligro de caerse, porque el rellano estaba protegido por una baranda de hierro. Bueno; podía uno caerse, pero tal cosa no había ocurrido nunca. El solía pasar un brazo alrededor de

algunos de los barrotes verticales, con el objeto de no rodar durante el sueño.

No le llevó mucho tiempo el convertirse de que allí tampoco podía dormir. Seguía sintiéndose dentro de un horno, pero esta vez con los mecheros apagados. Creyó que sería mejor un poco más arriba. De vez en cuando soplaban una ligerísima brisa, al nivel de la azotea. Imposible era que el aire se doblara, beneficiando así el fondo de la casa. Echó mano a su almohada y ascendió un piso más por los peldaños de hierro, hasta el rellano del sexto. Allí intentó dormir.

No era mucho mejor, pero había que resignarse. De nada le serviría ir más arriba. Sabía por experiencia que no se podía dormir en el piso de la azotea, porque estaba hecho de grava, y las piedrecillas se clavaban en la carne y producían dolor. Y debajo de ellas

había chapopote, que durante el verano se derretía y se pegaba a la piel.

Dió algunas vueltas tendido en las planchas de hierro (con espacios vacíos entre ellas), y, finalmente, cayó dormido. Tan profundamente dormido como sólo es posible a los doce años, aun sobre la dura superficie de un escape de incendio.

Llegó el amanecer demasiado aprisa. La luz brilló al minuto de haberse dormido. El resplandor cogió sus párpados, y lo obligó a abrirlos. Entonces se dió cuenta de que la luz no venía de arriba, es decir, del firmamento, que es de donde la luz debe llegar. Allí arriba seguían reinando la obscuridad y la noche.

La luz aquella provenía, como una delgada cinta horizontal, del pie de la ventana junto a la cual yacía, al mismo nivel del piso y por lo tanto de sus ojos. De haber

estado parado en vez de acostado, los rayos habrían herido sus pies y no sus ojos.

Toda la anchura de la cinta era de una pulgada, porque había una oscura cortina desenrollada hasta cerca del extremo inferior. Pero, habiendo ascendido una media vuelta, probablemente, en el cilindro que la enrollaba, permitía escapar aquella estrecha franja de luz. Allí, con sus ojos pegados al marco de la ventana, podía ver el interior, tal como si no hubiera cortina alguna.

Había dos personas dentro de la pieza: un hombre y una mujer. Buddy habría cerrado nuevamente los ojos para conciliar el sueño (¿qué le importaban a él las personas mayores?) de no ser por la forma extraña y misteriosa como ambos actuaban. Tal cosa lo obligó a espiar, preguntándose qué planeaban aquellos dos.

El hombre dormía en una silla, junto a una mesa, en la que apoyaba la cabeza, con las manos frente a los ojos, como para protegerlos de la luz. Tenía frente a sí una botella y dos vasos. Probablemente había bebido, o algo semejante.

La mujer merodeaba cerca de él, en puntillas, aparentemente tratando de no hacer ruido. Llevaba en sus manos el saco del hombre, como si acabara de quitarlo del respaldo de la silla donde él lo había colgado antes de disponerse a dormir. La mujer tenía embadurnada la cara con substancias rojas y blancas, pero a Buddy no le pareció nada bonita.

Cuando llegó al otro extremo de la mesa, se detuvo y empezó a registrar los bolsillos del saco. Se mantenía de espaldas al hombre mientras trajo el saco. Pero Buddy podía, desde su sitio, darse perfecta cuenta de lo que hacía.

Aquel fué el primer acto sospechoso que le hizo mantenerse en vela para observar. Y el segundo fué cuando el hombre separó los dedos de la mano que le cubría los ojos y espió entre ellos a la mujer.

Luego, cuando ella se volvió hacia él, para asegurarse de que dormía, él unió los dedos rápidamente.

Ella volvió la cabeza otra vez, para reasumir su tarea.

Al fin, sacó un rollo bastante grueso de papel moneda. Arrojó el saco a un lado, aproximó la cabeza lo más posible a los billetes, y empezó a contarlos. Sus ojos se iluminaron, y Buddy podía ver cómo se relamía los labios mientras contaba.

Repentinamente, Buddy contuvo la respiración. El brazo del hombre



empezó a arrastrarse por encima de la mesa, hacia la mujer, como dispuesto a echarle garra. Se movía lentamente, silenciosamente, como una enorme víbora dispuesta a la caza, y sin que la mujer se diera cuenta.

Luego, cuando el brazo estuvo totalmente extendido y casi tocaba su objetivo, el hombre empezó a ponerse en pie; luego se agachó, sin que ella reparara en sus movimientos. El hombre sonreía, pero su sonrisa nada tenía de placentera.

El corazón de Buddy latía con fuerza.

Pensó: "Mejor vuélvase, señora". Pero ella no se volvió. Estaba ocupadísima contando el dinero.

De repente, el hombre dió un salto y la agarró.

La silla cayó de espaldas y la mesa se tambaleó a punto de caerse, pero recobró el equilibrio y conservó su posición. La enorme mano, aquella que había avanzado al extremo del brazo, por la superficie de la mesa, hizo presa en el cuello de la mujer, y apretó fuertemente y luego agitó todo el cuerpo, de la cabeza a los pies. La otra mano se prendió del puño en que la mujer conservaba los billetes. La tarasca intentó ocultarlos en su falda, pero no obró con bastante rapidez; el hombre puso una llave a la muñeca y en seguida cayeron los billetes.

Ella lanzó un chillido como el de un ratón, aunque no muy alto; al menos, pareció haber perdido volumen cuando llegó al chiquillo, tendido en el escape de incendios.

—No; no gritarás —Buddy oyó decir al hombre—. Ya me figuré q' algo de esto planeabas. Tienes q' madrugar mucho para poder tomarme el pelo.

—¡Suélteme! —gritaba ella—, ¡Suélteme!

El empezó a sacudirla de un lado a otro.

—Cuando acabe contigo, no volverás a hacer otra bribonada como ésta —Buddy oyó decir al hombre.

Repentinamente la mujer gritó: —¡Joe! ¡Ven en seguida! No puedo seguir manejándolo por más tiempo.

Pero no gritó demasiado alto; ahogó un tanto la voz, como temerosa de que el sonido llegara muy lejos.

La puerta se abrió de repente y apareció un segundo hombre. Debíó haber estado esperando allí cerca todo aquel tiempo, para serle posible penetrar con tanta rapidez. Corrió para atacar por la espalda al otro individuo, mientras la mujer luchaba con él, para evitar que volviera la cara al otro lado.

El recién llegado esperó a que la cabeza de su enemigo adquiriera la posición propicia, para enlazar sus manos, formando un doble puño, y dejarlas caer con todas sus fuerzas en la nuca del infeliz.

La víctima cayó al suelo, completamente inerte, y allí permaneció tendida durante un minuto.

CAPITULO II

La mujer se agachó y empezó a recoger los billetes que yacían regados por el suelo.

—Aquí los tienes! —dijo, entregándolos al otro hombre.

—¡Apúrate! ¡Salgamos de aquí cuanto antes! —gruñó él—. ¿Para qué tenía que echarlo todo a rodar de esta manera? ¿Por qué no le preparaste la bebida en la forma que te dije?

—Se la preparé, Joe, pero no dió resultado. A lo mejor, me vió hacerlo.

—¡Vámonos! —dijo Joe, y echó a andar hacia la puerta—. En cuanto vuelva en sí nos echará la policía.

Un Cuento de Suspense

Cornell Woolrich ganó el Premio Pulitzer de literatura cuando era todavía estudiante de Harvard. Siguió escribiendo novelas "serias" y recibiendo alabanzas de los críticos, pero descubrió que por ese camino no se llegaba pronto a la riqueza. Entonces se volvió hacia la novela policial y pronto fué rico y famoso. Cuando terminó una novela cobra el precio y se va a gastarlo en París, su ciudad favorita. Sus dotes excepcionales de escritor han dado origen a lo que se llama "la aventura psicológica". Casi toda la acción ocurre en el interior del espíritu del protagonista, y el lector pasa sucesivamente por diversos estados emocionales, a cual más apasionante. "La Ventana", con la que se filmó una película extraordinaria, es el mejor exponente del estilo de Woolrich. Tiene en alto grado el "suspense", esa cualidad de moda de Hitchcock y Carrol Reed han llevado a la pantalla.

Súbitamente, el hombre tendido en el suelo se abrazó firmemente a las piernas de Joe, apretándolas una con otra. Joe se tambaleó, cayendo al suelo. El otro se le echó encima sin darle tiempo a levantarse, lo sostuvo en aquella posición, y la batalla volvió a empezar.

La víctima del robo era el más diestro de los dos contendientes. Empezó a dirigir puñetazos a la cabeza de Joe, mientras lo conservaba pegado al suelo. Un minuto más y habría dejado a Joe sin conocimiento. Hasta Buddy podía predecirlo. Los brazos de Joe se extendían inútiles sobre el pavimento, y sus puños empezaban a abrirse.

Pero la mujer corrió por toda la pieza en busca de algún objeto con qué someter a su enemigo. De repente, abrió el cajón de una cómoda y extrajo de él algo que destelló a la luz. Buddy tardó un minuto en darse cuenta de lo que era; tan rápidamente lo sacó ella. La mujer se acercó a los combatientes y colocó el objeto en la mano abierta de Joe.

Luego, cuando la mano se levantó a la altura de ambas cabezas, un segundo después, Buddy vió claramente qué objeto era. Un cuchillo corto y agudo. Los ojos de Buddy estuvieron a punto de salirse de sus órbitas.

Joe bajó la mano y clavó el cortante acero en la espalda de su adversario. Lo enterró hasta el mismo puño, de forma que la hoja se perdió enteramente de vista.

La lucha cesó instantáneamente en aquel punto, pero no el apuñaleo. Joe removió el cuchillo en la herida, de un lado a otro, como si fuera un serrucho, y luego lo extrajo para clavarlo en otro sitio. La víctima no se movía ya. Su cuerpo hizo un último movimiento de retroceso, a consecuencia del primer golpe del cuchillo.

Pero Joe no quedó satisfecho. Sacó la hoja por segunda vez, con bastante trabajo, y volvió a introducirla. Luego ambos cuerpos que daron inmóviles; uno de ellos recobrando la respiración, y el otro sin respirar ya.

Por último, Joe se libró del peso que lo agobiaba, se incorporó y se llevó una mano a la quijada. Por un instante, él y la mujer permanecieron de pie, contemplando el cuerpo inerte que tenía frente a sí.

—¿Está muerto? —Buddy oyó preguntar a la mujer, con voz de terror.

—Espera un minuto. Voy a ver. Joe se agachó y colocó su mano por debajo, en busca del corazón. Luego la sacó. Y acto seguido arrancó el cuchillo de la espalda. Inmediatamente se levantó.

Miró a la mujer y agitó la cabeza.

—¡Demonios! —exclamó ella con dificultad—. ¡Lo matamos! Joe, ¿qué vamos a hacer?

No lo dijo en voz alta, pero es-

ta tan silenciosa la pieza que Buddy podía oír claramente todo cuanto se decía.

—No te apures. Mucha gente muere asesinada y nadie encuentra jamás a los autores. No pierdas la cabeza; eso es todo. Ya saldremos del paso.

La mantuvo sujeta, hasta asegurarse de que recobraba la seriedad, y luego la soltó.

Buscó por la pieza, en derredor suyo.

—Dame algunos periódicos. Hay que evitar que se manche el suelo. Se agachó y apiló los periódicos bajo el cuerpo, por ambos lados. Luego dijo:

—Abre la puerta. Cerciórate de que no hay nadie en el pasillo que haya podido oírlos. Abrela despacio y con cautela.

Ella se aproximó a la puerta con la punta de los pie, abrió la puerta un par de pulgadas y miró hacia afuera con un solo ojo. Luego abrió un poco más y sacó la cabeza, atisbando en ambas direcciones. Metió después la cabeza, cerró y volvió a aproximarse a su compañero.

—No hay un alma en todo el pasillo —susurró.

—Bien. Ahora mira por la ventana. Convéncete de que no haya nadie por ahí. No levantes la cortina. Ojea por un lado de ella.

La mujer echó a rodar hacia el sitio en que los ojos de Buddy presenciaban la escena. Y a medida q' se acercaba su figura se acrecentaba más y más. La cabeza se perdió de vista y el talle cubría enteramente toda la pieza.

Buddy no podía moverse. Su cuerpo yacía casi paralizado. La abertura bajo la cortina era muy pequeña, y quizá por eso la mujer no podía verlo por ella, pero dentro de un minuto lo vería desde arriba.

Dió una vuelta, hasta colocarse boca arriba.

Había una vieja frazada, colgada en el balcón, para airearse. Le echó garras y la dejó caer sobre su cuerpo. Su esperanza era que lo cubriera totalmente, pero no tenía mucho tiempo para acomodarla como era debido. Todo lo que pudo hacer fué acurrucarse un poco, para empujarse lo más posible y confiar en que ninguna parte de su cuerpo sobresaliera.

Un minuto después, aun teniendo cubierta la cabeza, podía dar se cuenta, por el rayo de luz que bañó la frazada como una larga franja, que la mujer había echado a un lado la cortina y miraba hacia fuera por uno de sus extremos laterales.

—Hay algo blanco allá abajo —Buddy la oyó decir y la sangre se le heló en el cuerpo. Hasta dejó de respirar, temeroso de que su respiración formara ondas en la manta—. Oh, ahora me acuerdo —explicó ella, aliviada—. Es la cobija que colgué ayer en el escape de incendio. Debe haberse caído. Pensé por un minuto que se trataba de alguna persona ten-

tida en el piso.

—No te quedes ahí toda la noche —gruñó el hombre.

La franja de luz desapareció y Buddy comprendió que la mujer se había alejado de la ventana.

Esperó unos minutos, antes de atreverse a efectuar el menor movimiento. Después sacó la cabeza de debajo de la manta y volvió a mirar.

Hasta la franja de luz de la parte inferior había desaparecido. La mujer debió haber bajado un poco más la cortina, antes de separarse de la ventana. Buddy no podía verlos ya, pero podía oírlos.

Sin embargo, ya no le interesaba aquel asunto y todo cuanto deseaba era salir de allí. Comprendía que si a él le era posible oírlos, ellos a su vez también podrían oírle. Tendría que moverse con cuidado. El escape de incendio era antiguo y raquítico; podría crujir. Empezó a sacar sus piernas hacia atrás, es decir, hacia los pedañes de bajada.

Luego, una vez enderezadas las piernas, empezó a retroceder con las palmas de las manos, manteniendo en el suelo cabeza y hombros. Era algo parecido a nadar en tierra, en barras de hierro, que era mucho peor.

Pero aun podía escuchar la conversación de la pareja, mientras maniobraba.

—Aquí están sus papeles de identificación —dijo el hombre—. Cliff Bristol. Segundo a bordo de un buque mercante... Esto me agrada... La gente de mar desaparece con mucha frecuencia... No se hacen muchas averiguaciones. Asegurémonos de no dejar nada en sus bolsillos, para que no puedan hallar indicio alguno de su identidad.

La mujer dijo, como si estuviera llorando:

—¡Oh!, ¿qué nos preocupa su nombre? Lo matamos. Eso es lo importante. Vamos, Joe; marchémonos de aquí.

—No será preciso que nos marchemos nosotros —dijo el hombre—. ¿Para qué? Lo q' debemos hacer es sacarlo a él. Nadie lo vió subir. Nadie sabe lo ocurrido. Si salimos dejándolo aquí, empezarán a perseguirnos antes de cinco segundos. Y si nos quedamos en casa, nadie olerá nada.

—Pero, ¿cómo vamos a sacarlo, Joe? ¿Cómo?

—Ahora verás. Trae las dos malletas tuyas y vacíalas.

Buddy iniciaba el descenso, a rastras, y hacia atrás, pero su rostro y su barba seguían pegados al piso del rellano.

—No cabrá en ninguna de ellas. Es un tío muy grande —protestó la mujer.

—Cabrá, de la forma en que lo voy a colocar —respondió el hombre. Y añadió—: Vete al cuarto de baño y tráeme la navaja.

CAPITULO III

La barba de Buddy cayó de golpe en el rellano y el chiquillo sintió deseos de vomitar. Crujió la armazón del escape. Pero la mujer acababa de emitir un gruñido, y el ruido que hizo cubrió el causado por Buddy.

—No estás obligada a presentarlo —dijo el hombre—. Si te pro duce asco, vete al pasillo y aguárda. Y si oyes venir a alguien, corre a avisarme.

Buddy empezó a moverse de nuevo, arrojando agua salada por la boca.

Dame todos los periódicos que tengas, antes de irte. —Buddy oyó decir al hombre—. Y tráete esa manta que dices que colgaste afuera. También nos servirá de mucho. La voy a necesitar para cubrir el fondo de las malletas.

Buddy se arrastró hacia abajo, todo el resto del camino, como una serpiente en reverso, hasta que sus pies tocaron el rellano de

su propio piso, junto a la ventana de su alcoba. ¡Estaba a salvo! Pero algo extraño se hallaba enredado a sus pies. Miró, y era la manta.

Probablemente se enlazó a sus piernas mientras se encontraba aún en el rellano superior, y la había arrastrado consigo, hacia abajo, sin notarlo, en su estado de excitación nerviosa.

La apartó de sí con un puntapié, pero no tuvo tiempo de hacer otra cosa con ella. Se subió al marco de la ventana y penetró en su propio departamento, dejando afuera la manta. Un instante después, un rayo de luz iluminó el escape de incendio y oyó el ruido de la guillotina de arriba, al ser levantada por la mujer, en busca de la manta.

Y luego la oyó susurrar con voz atemorizada:

—¡Cayó al otro piso! Ahora la veo. Allí está. Pero qué raro! Hace un minuto la vi en nuestro escape y ahora está en el de abajo.

El hombre debió haberle dicho que bajara por ella. La luz desapareció. Sin duda, el hombre la apagó, para dar oportunidad a su cómplice para que bajara y echara mano a la manta, sin ser vista. Buddy pudo oír claramente, en la oscuridad, el ruido de la ventana al abrirse totalmente, y el que producía la mujer al descender por los peldaños de hierro.

Se acurrucó contra la pared, bajo su propia ventana. Era lo bastante pequeño para caber allí. Observó cómo la manta ascendía poco a poco, hasta desaparecer de su vista.

Luego oyó el susurro de la mujer, a tiempo que penetraba nuevamente en su pieza:

—¡Qué cosa más extraña! No hay una brizna de aire! ¿Cómo pudo la manta caer al otro piso?

Luego oyó cerrarse la ventana, y allí terminó todo.

Buddy no se puso en pie para dirigirse a la cama. Le fué imposible levantarse hasta semejante altura. Llegó hasta ella aferrándose al cobertor con sus manos y rodillas.

Una vez arriba se envolvió en las cobijas, cabezas y todo. Y a pesar de que poco antes la noche le había parecido terriblemente cálida, empezó a tiritar, como si se tratara de una noche de diciembre, y se le puso la carne de gallina.

Largo tiempo le duró el entremecimiento. Oía claramente, a pesar de las mantas que le cubrían la cabeza, los movimientos de la pareja en el piso superior, y la idea de lo que estaba ocurriendo intensificaba su agitación.

Pasó un largo rato. Luego, un absoluto silencio. Volvieron a oírse en el techo los extraños crujidos, como de alguien que serruchaba. Sus cuerpo se cubrió de sudor.

Después oyó abrirse una puerta, y en seguida los pasos quedos de alguien que descendía por la escalera, pasaba por su propia puerta y empezaba a bajar hacia el piso inferior. Notó que algo rozaba un poco la pared; algo así como una maleta. Y empezó a estremecerse de nuevo, más aceleradamente que antes.

No pudo dormir el resto de la noche. Horas más tarde, cuando ya brillaba la luz del amanecer, oyó pasos que subían calladamente. En aquella ocasión, nada rozaba la pared. Luego se abrió y cerró la puerta de arriba, y terminaron los ruidos.

Pocos minutos después, su mamá se levantó de la cama, en la habitación contigua, y una vez parado el desayuno, lo llamó.

Se vistió y salió. La mamá se volvió hacia él y dijo:

—No te vez bien, Buddy. ¿Estás enfermo?

No quería contarle nada. Prefería contárselo a su padre.

El padre llegó de su trabajo mi-

NOCTURNO ALDEANO

Esta noche tiene algo de misterio...
Pareciera encantada
por un recóndito presentimiento...
En la torre del viejo monasterio
suenan una campanada
que hace elevarse a Dios el pensamiento!

Está la aldea—pálida de luna;
en la calle desierta
se oye el vuelo del viento nocherniego,
que pasa musitando como una
confidencia en mi puerta
con el rumor de su desasosiego...

Se alcanza a oír monótono el ladrido
de un perro que profana
la silenciosa paz de la alquería.
Después, la voz, y el son desvanecido
de una canción aldeana
con cierto dejo de melancolía...

Simula el viento en el pinar vecino
una suave armonía
cual si pulsara una arpa celestial,
y con ella un riachuelo peregrino
henchido de alegría
se acompaña su canto de cristal.

Entre el blanquisco caserío culmina
como un viejo pastor el campanario
con un aspecto venerable y serio.
De pronto, surge un vaho de neblina
que envolviendo el paisaje solitario,
lo esfuma en una sombra de misterio...

Reina el silencio en mi apacible nido,
un silencio tan solo interrumpido
por un reloj con sus palpitaciones,
y ese amable silencio me convida
a recordar sucesos de mi vida
y a deleitarme en las meditaciones.

Una como virtud extraordinaria
guarda la noche en su divino seno
que evoca los recuerdos, los amores,
invita al pensamiento a la plegaria,
y hace del corazón sufrido y bueno
como un nido de dulces ruiseñores.

En esta noche soledosa y fría
me parece escuchar voces arcanas
que me acarician misteriosamente.
Voces que nadie descifrar podría
y que desde riberas muy lejanas
vienen a dialogar con el ausente.

Esta noche tiene algo de misterio...
Pareciera encantada
por un recóndito presentimiento...
En la torre del viejo monasterio
suenan una campanada
que hace elevarse a Dios el pensamiento!

La luna se ha cubierto con un velo.
El viento su rumor ha recogido
al ver la aldea en un profundo sueño;
y al irse discipando mi desvelo,
me voy quedando como adormecido
en el tibio regazo de un ensueño...

EFRAIM SAENZ CORDERO

nutos después, y los dos se acomodaron junto a la mesa, como solían hacer todas las mañanas. Buddy, para desayunarse, y el padre para tomar su cena matutina.

Esperó a que la madre saliera de la pieza, y susurró en seguida:

—Papá, hay algo que te quiero contar.

—Bueno, Desembucha. —El padre frunció el ceño.

—Papá, encima de nosotros viven un hombre y una mujer...

—Eso ya lo sé —dijo el padre, sirviéndose tocino—. Los he visto ir y venir.

Buddy acercó más la silla y habló cerca del oído de su padre.

—Papá —dijo, casi con la respiración—, anoche mataron a un hombre allá arriba y luego cortaron su cuerpo en pedacitos y lo metieron en dos maletas.

El padre dejó de masticar. Colocó en la mesa el tenedor y el cuchillo. Luego dió una media vuelta y lanzó a Buddy una terrible mirada.

—¡Mary, ven aquí! —gritó con una mueca.

La madre de Buddy se asomó a la puerta y miró hacia ellos.

—Ha vuelto a las andadas —dijo el padre—. Creo haberte dicho que no le permitas ir los sábados al cine.

Ella se mordió los labios preocupada.

—¿Inventando cosas otra vez?

—No estoy inventando —empezó a protestar Buddy.

—No me atrevo a repetirte la atrocidad que me acaba de contar. Te helaría la sangre en las venas.

Y en seguida le golpeó los labios a Buddy con el dorso de la mano.

—¿Qué dijo? —inquirió la madre, con preocupada curiosidad.

—No es cosa para tus oídos —dijo el hombre, indignado. Pero resolvió en seguida que era mejor contárselo.

Dijo que los vecinos de arriba mataron a alguien y lo cortaron en pedazos y lo sacaron de la casa en dos maletas.

La mujer llevó la punta del dantal a los labios, en un gesto de horror.

—¿Los Kellerman? —dijo, boquiabierto—. Oh, Buddy, ¿cuándo vas a terminar con tus embustes? De quienes menos pensaría yo semejante cosa es de ellos... La mujer parece muy buena. Si precisamente estuvo aquí hace unos días, a pedirme una taza de azúcar.

—Buen camino lleva —dijo el padre, sombríamente—. Algo extraño le pasa a este endiablado chiquillo. ¡Y esto me ocurre a mí precisamente! No sé de dónde diablos saca tales historias. Yo nunca fui de ese modo. Mi hermano Ed, a quien Dios tenga en gloria, tampoco fue así. Pero voy a proponerme sacarle del cuerpo sus locas fantasías, aunque perezca en la empresa.

Empezó a subirse las mangas de la camisa. Y apartó de sí la silla.

—Vas a decirme ahora mismo que lo que acabas de contarme es falso.

—Pero yo los vi. Los observé por la ventana y presencié todo lo ocurrido —gimió Buddy, desesperadamente.

El padre apretó los dientes.

—Muy bien. Acércate.

Cerró la puerta, quedando solos los dos.

No dolió mucho. Es decir, si dolió algo, duró solamente un minuto. Su padre no era un hombre cruel; era simplemente un sujeto con ideas muy estrictas sobre lo que era bueno y lo que era malo. Apenas empleó en él la mitad de sus fuerzas; suficiente para hacerlo gritar a sus anchas, sin dejar en el cuerpo ninguna huella importante.

Luego, una vez terminada su tarea, el padre bajó de nuevo las mangas de la camisa y dijo al sollozante Buddy;

—Y ahora, ¿me prometes que no vas a inventar más embustes de esa ralea?

Se presentaba una oportunidad de firmar la paz, y Buddy era lo bastante listo para aprovecharla.

—Sí señor —dijo, humildemente—. Prometo no inventar más embustes.

Y se dirigió a la puerta.

Peró, el padre añadió, rápidamente, demasiado rápidamente

quizá:

—Entonces, ¿estás dispuesto a conceder que lo que acabas de contarme es mentira?

Buddy tragó saliva con fuerza y quedó inmóvil, viendo la brillante oportunidad de escabullirse de entre las manos. No respondió.

—Contesta —dijo suavemente el padre—. ¿Es mentira o no es mentira?

Se encontraba en un dilema, difícil de resolver para Buddy. Se le acababa de golpear por contar lo que creían falso. Y su padre quería, en aquel momento, que hiciera aquello mismo por lo que acababa de castigarlo. Si decía la verdad, lo llamarían embustero, y si decía una mentira, incurría en el mismo pecado que acababa de causar la paliza.

Trató de salvar la situación haciendo por su cuenta otra pregunta:

—Cuando tú... cuando ves una cosa por ti mismo, con tus propios ojos, ¿la crees verdadera? —inquirió firmemente.

—Por supuesto —dijo, impaciente, el padre—. ¡Eres lo bastante crecido para saber eso!

—Entonces yo lo vi y creo que es verdadero.

Aquellas palabras excitaron las iras del padre, que lo asió por el cuello, apartándolo de la puerta. Por un minuto pareció que iba a propinarle otra serie de golpes. Pero no fué así. En su lugar, quitó la llave de la cerradura, abrió la puerta y colocó la llave por el lado opuesto.

—Vas a permanecer en esa habitación encerrado hasta que estés resuelto a admitir que todo lo que has contado es una mentira infame y mal intencionada —dijo, coléricamente.

Salió de la habitación, cerró tras sí la puerta con violencia, y encerró a Buddy. Luego sacó de la cerradura la llave, queriendo evitar que la madre de Buddy tuviera un momento de debilidad mientras él dormía.

CAPITULO IV

Buddy caminó por la pieza y

se arrojó en una silla. Levantó la cabeza e hizo esfuerzos para comprender la situación. Se le castigaba por aquello mismo que trataban de imponerle: decir siempre la verdad.

Oyó a su padre moverse en la habitación contigua, mientras se alistaba para dormir; sintió que los zapatos caían pesadamente, uno primero y otro después, y luego oyó el crujido del somier. Dormiría el resto del día, hasta que anocheciera. Pero quizá la madre lo dejaría salir antes de irse a su trabajo.

Buddy se aproximó a la puerta y empezó a dar vueltas al picaporte, a la derecha y a la izquierda, con objeto de atraer la atención de su madre, haciendo el menor ruido posible.

—Mamá! —susurró con la boca pegada al ojo de la llave.— ¡Eh mamá!

Pasado un rato, lo oyó caminar en puntillas al otro lado de la puerta.

—Mamá, déjame salir.

—Es por tu bien, Buddy —respondió ella, también en voz muy queda.— No puedo ayudarte, a menos que te retractes de esa atrocidad mentira que nos has contado. Son las órdenes de tu padre. (Esperó pacientemente.) ¿Te retractas, Buddy? ¿Eh?

—No —suspiró el niño.

Regresó a la silla y la ocupó de nuevo.

¿Qué podría hacer un muchacho cuando ni sus propios padres le creían? ¿A dónde se dirigiría? Era preciso contarle a alguien todo lo que sabía. No hacerlo era tan malo como... bueno, tan malo como si fuera uno coautor del crimen.

No estaba tan asustado como durante la noche, porque brillaba ya la luz del día... Pero sentía malestar en el estómago cada vez que pensaba en el crimen. Era indispensable contárselo a alguien.

Súbitamente, volvió la cabeza hacia la ventana, y se quedó mirándola. ¿Por qué no había pensado en eso antes? No es salir por la ventana; bien sabía que no le costaría trabajo; estaba cerrada por dentro. Pero no había intentado poner en práctica semejante medio de escape, porque había preferido quedarse, confiando en que sus padres se ablandarían y dieran crédito a sus palabras. Pero ya que rehusaban creerle, existía otro sitio donde probablemente sí le creerían.

Aquello era lo que siempre hacían los mayores cuando se encontraban en situación parecida a la suya. ¿Y por qué no habría de hacerlo también un chiquillo? La policía. A ellos debería comunicárselo. De cualquier manera, era su deber hacerlo así. Hasta su padre, de haber creído en sus palabras, habría dado el mismo paso. Bueno. Si su padre no lo daba, él lo daría.

Se levantó, avanzó sin ruido hacia la ventana, levantó la guillotina y saltó al escape de incendio. Era cosa fácil, por supuesto; nada de particular. A su edad, era aquello tan sencillo como salir por una puerta. Luego bajó de nuevo el cristal. Tuvo la precaución de dejarlo un poco abierto, de modo que pudiera colocar los dedos por debajo y abrirlo de nuevo a su regreso.

Contaría los hechos a la policía y luego volvería a su casa, penetraría de nuevo por la ventana y aguardaría a que su padre se despertara y abriera la puerta. Aquello le daría una sensación de alivio. Y no tendría que preocuparse más del asunto.

Descendió por la escalera del escape de fuego, se arrojó al pavimento cuando la última sección estuvo lo más baja posible, pene-

tró en el sótano y salió por la puerta principal, después de haber ascendido los escalones del conserje sin haber sido visto por nadie. Abandonó tan rápidamente la casa que no habría podido reconocerle persona alguna. Luego, tan pronto se vió a salvo en la primera esquina, acortó el paso y se puso a reflexionar sobre la forma de llevar a cabo su proyecto, que consistía en informar a la policía.

Era mejor acudir a un puesto de policía para denunciar un suceso de la importancia de aquél, en lugar de referirse a cualquier vigilante con que tropezara.

Ignoraba la dirección exacta del puesto de policía más cercano pero estaba seguro de su proximidad. Lo había visto antes. Vió a un tendero barriendo la acera y se armó de valor para acercarse a él e inquirir:

—¿Dónde está el puesto de policía, señor?

—Yo qué sé! —respondió de mal talante el individuo.— ¿Quién cree que soy yo? ¿Una guía telefónica? Búsquela con sus propios pies. ¿No ve que estoy ocupado?

Buddy retrocedió. Aquello le dió una idea. Se lanzó a la búsqueda de una farmacia. Cuando encontró una, entró y hojeó las guías telefónicas que allí tenían, unidas a la pared con cadenas.

Escogió el puesto más cercano y se dirigió a él.

Cuando llegó a semejante sitio, todo el miedo instintivo que le quedaba de cuando era un pequeño de seis u ocho años, y los policías constituían su más terrible enemigo, se apoderó de él por un minuto.

Dió paseos por el frente durante un buen rato. Por último, viendo entrar en el edificio al gato del puesto se sintió lleno de valor y lo siguió.

El hombre sentado frente al escritorio tardó mucho rato en notar su presencia. Examinaba algunos papeles o algo por el estilo.

Al fin habló con amabilidad: —¿Qué te ocurre, hijito? ¿Perdiste a tu perro?

—No, señor —respondió Buddy espasmódicamente.— Hay algo que... que tengo que contárselo a alguien.

El sargento hizo un gesto indiferente y continuó inspeccionando sus papeles.

—¿De qué se trata?

Buddy miró hacia la calle con cierta aprensión, como temeroso de ser oído desde allí.

—Se trata de que asesinaron a un hombre —dijo de golpe.

—¿Dices que sabes algo relacionado con el asesinato de un hombre?

—Sí, señor —dijo Buddy, casi sin respiración.— Ocurrió anoche. Y creí que sería mejor contárselos a ustedes.

Se preguntaba si aquello sería suficiente y si ya podía irse. Pero no. Tendrían que tomarle el nombre y la dirección. No podrían adivinar esas cosas.

—No estás tratando de tomarnos el pelo, ¿eh?

Pero una simple mirada al rostro de Buddy pareció convencerlo de su sinceridad.

—No, señor —respondió nerviosamente el niño.

—Está bien. Pero escucha. Ese no es precisamente mi departamento. ¿Ves aquel pasillo allá enfrente, junto al reloj? Pues camina por él, y entra por la segunda puerta. Hay un hombre allí. Cuéntale lo que sabes. No penetres por la primera puerta, o te cortarán el pescuezo. El hombre que allí trabaja se desayuna comiendo chiquillos de tu edad.

Buddy corrió hacia la entrada del pasillo, y, una vez en ella, miró hacia atrás para asegurarse.

—La segunda puerta —repitió el sargento.

Avanzó. Se hizo un nudo al lle-

gar a la temida primera puerta, pegándose a la pared de enfrente, mientras pasaba por ella. Luego llamó a la puerta contigua y experimentó el mismo terror que lo invadía cuando llamaba a la del superintendente de la escuela.

—Pase —dijo una voz.

Buddy no pudo moverse durante un minuto. Se sintió como paralizado.

—¿Quién es? —interrogó la voz con un dejo de fastidio.

Permanecer afuera era mucho peor que entrar. Buddy aspiró profundamente, sostuvo el aire, formando cavidad en el vientre, y entró. Luego recordó que debía cerrar tras sí la puerta. Cuando uno olvida cerrar tras sí la puerta de la oficina del superintendente, tiene que salir y volver a entrar.

Allí se encontraba un hombre frente a otro escritorio. Sus ojos estaban clavados expectativamente en un punto situado a la altura de cerca de sus pies, a lo largo de la puerta. Cuando ésta se abrió y volvió a cerrarse y no pudieron ver a nadie, los ojos descendieron al nivel de cuatro pies, que era la estatura de Buddy.

—¿Qué es esto? —gruñó.— ¿Cómo has entrado aquí?

La primera pregunta no pareció dirigida a Buddy, precisamente, sino a la lámpara que colgaba del techo, o a algo semejante.

Buddy tuvo que explicar el objeto de su visita por segunda vez, y la repetición no le fué nada fácil.

CAPITULO V

El hombre se contentó con mirarlo. En su imaginación, Buddy había concebido una agitación general, con todos y cada uno de los individuos que integraban el puesto, corriendo de un lado para otro, tan pronto conocieran su terrible revelación; los carros-patrullas con los motores en marcha y órdenes a gritos por todas partes. Eso era lo que generalmente ocurre en las películas.

Pero en la vida real... el hombre se contentó con mirarlo.

—¿Cuál es tu nombre muchacho? ¿Y tu dirección?

Buddy respondió.

Y el hombre volvió a inquirir. —¿Has tenido alguna vez pesadillas? Quiero decir, ¿sueños de esos que le ponen a uno la carne de gallina?

—Oh, claro está —respondió Buddy, incautamente.— Los he tenido muchas veces.

El hombre habló, acercando su boca a una especie de cajón situado encima del escritorio.

—Ross, venga a mi oficina.

Otro hombre penetró en la pieza. También vestía ropa de paisano. Conferenciaron en voz baja.

Buddy no podía entender una sola palabra de lo que decían. Sabía que la conversación giraba en torno a su persona; era fácil colegirlo por la forma como de vez en cuando lo miraban. Sus gestos no demostraban lo que decían. Lo natural era que registraran preocupación o simplemente interés por lo que acababan de saber. En su lugar, reflejaban cierto grado de burla.

El primer hombre habló otra vez:

—De modo que viste cómo lo cortaban en pedazos y...

Aquello era una falsedad que a Buddy le causó repugnancia. El no se encontraba allí para alterar los hechos; aunque unas cuantas semanas antes habría aprovechado aquella oportunidad muy bonitamente.

—No, señor —dijo.— Yo no vi esa parte del crimen. Simplemente los oí decir que iban a hacerlo. Pero...

Y, en seguida, antes que tuviera tiempo de confirmar que había

presenciado la caída del hombre y las puñaladas, el detective lo interrumpió con otra pregunta. De modo que fué dejado con la apariencia de haber efectuado una retractación completa, en lugar de parcial.

—¿Le contaste todo esto a tus padres?

Aquella pregunta era muy desagradable, y nadie lo sabía mejor que el propio Buddy.

—Sí —murmuró, de muy malas ganas.

—Entonces, ¿por qué no vinieron ellos a denunciar el suceso?

Intentó ocultar la verdad, rehusando contestar.

—Contesta, muchacho.

A los agentes policíacos hay que decirles siempre la verdad; era cosa muy seria tratar de engañarlos.

—No me creyeron —dijo, casi con el aliento.

—¿Y por qué no te creyeron?

—Porque... porque dicen que siempre estoy inventando cosas.

Observó la mirada que se dirigieron entre sí los dos hombres, y comprendió lo que significaba. Acababa de perder la batalla. Se pusieron totalmente del lado de su padre.

—Con que creen eso... ¿eh?

Bien; ¿es cierto?

Hay que decir siempre la verdad a los policías.

—Antes, sí. Pero ya no. Esta vez no estoy inventando nada.

Vió a uno de ellos llevarse un dedo a la frente una sola vez. Lo hizo muy a prisa, como deseoso de que él no lo viera.

—Bien, ¿estás seguro de cuándo inventas y de cuándo no inventas, muchacho?

—Sí, señor; si lo estoy —protestó—. Y esta vez le juro a usted que no invento nada.

Pero aquélla no fué una respuesta satisfactoria; lo sabía. Aun que de momento no encontraba otra mejor. Son listos para acorralarlo a uno de manera que se turbe y no sepa lo que dice.

—Enviaremos una persona para allá, muchacho, para que haga una inspección —le prometió el primer hombre. Y se volvió al segundo:

—Ross, encárgate tú del asunto y mira cómo andan las cosas. No vayas a meter la pata. Esto no es oficial. Véndeles una suscripción o un periódico, o cosa por el estilo. No, mejor una navaja eléctrica, que tiene cierta conexión con el caso. Hay una en mi róper. Puedes llevártela como muestrera. Es el piso...

Miró a Buddy inquisitivamente. —Sexto; inmediatamente encima del nuestro.

—Sólo me queda esto por hacer —dijo Ross en tono agrio.

Pero dejó la oficina.

—Espera en el pasillo, muchacho —dijo a Buddy el primer hombre—. Siéntate en el banco que hay allí.

Buddy salió y tomó asiento. Pasó media hora. Luego vió a Ross regresar y penetrar nuevamente en la oficina. Aguardó impaciente a que empezaran la excitación y las órdenes a gritos. No ocurrió nada. Todo seguía en paz.

Lo único que podía oír desde su sitio era la voz de Ross, blasfemando y protestando en voz baja, a través del cristal opaco de la puerta, y el otro hombre riéndose como es costumbre cuando se dice un chiste a costa de un tercero. Luego enviaron por él otra vez.

Ross dirigió a Buddy una mirada asesina. El otro hombre trató de parecer neutral. Pasó su mano lentamente por los labios, y, al quitarla, su expresión burlesca cambió por otra de seriedad.

—Muchacho —dijo.— se pueden oír muchas cosas raras a través del techo de tu casa, ¿no es cierto? El que los separa de la pareja, ¿es muy delgado?

CAPITULO VI

—Sí —Buddy contestó vacilante, curioso de saber qué otras cosas le iban a preguntar.

—Bien; lo que oíste anoche fué un programa de radio.

—No había radio. Ni vi ninguna en la habitación.

Ross lo miró sin el menor asomo de amistad.

—Tienen uno —dijo, acremente—. Acabo de estar allí y lo he visto con mis propios ojos. Podía oírse por toda la escalera, hasta el tercer piso, cuando yo abandonaba la casa. Llevo catorce años en el servicio, y este chiquillo me va a decir a mí lo que no hay en un cuarto que inspecciono.

—Está bien, Ross —dijo el otro hombre, queriendo calmarlo.

—Pero es que yo vi lo ocurrido por la ventana —dijo quejosamente Buddy.

—Aun así, pudo haber sido algo en la radio, muchacho —explicó—. Recuerda que no se puede ver lo que se dice, sino simplemente oírlo. Pudiste estar viéndolos, mientras oías lo que se decía por la radio.

—¿A qué hora te hallabas afuera, en el escape? —preguntó ásperamente Ross.

—No lo sé. Era... simplemente de noche. Sólo tenemos un reloj despertador, y no puede verse en la obscuridad.

Ross se encogió de hombros, iracundo, mirando al compañero, como si quisiera decir: ¿Ve usted a lo que me refiero?

—Era el programa de los Perseguidores del Crimen —dijo amargamente—. Lo transmiten de once a doce. Y anoche fué miércoles. ¿O es que tampoco lo sabías? —preguntó dirigiendo a Buddy otra de sus fulminantes miradas—. Me dijo la mujer que el de anoche fué un programa verdaderamente espeluznante. Y que su marido no le quiso dirigir la palabra durante una hora, después de la transmisión, porque él detesta esa clase de programas y ella los adora. Convino que lo puso demasiado alto, solamente por molestar al marido. ¿Es eso satisfactorio?

El otro hombre miró a Buddy con gesto de duda; Buddy bajó los ojos al suelo.

Ross continuó su relación, con deleite vengativo.

—Y su marido usa una navaja de seguridad. Ella misma la sacó y me la enseñó cuando intenté venderle la que llevaba. ¿Ha tratado usted de cortar a alguien en pedazos con una navaja de seguridad? Y hay, efectivamente, dos maletas en la habitación. Las vi cuando me puse a jugar con el lápiz y me agaché para recogerlo del suelo. Con las tapas abiertas y nada más macabro dentro de ellas que un montón de camisas y de piezas interiores de mujer. Y nada nuevo. Bastante manoseadas y estropeadas a fuerza de usarlas por años y años. No creo que gente pobretona como ésa pueda poseer cuatro maletas, dos cada uno. Y aun siendo así, me figuro que no habrían empacado los fragmentos en las mejores y conservando las peores. Lo contrario habría sido natural. Y finalmente, todavía tienen periódicos por allí tirados, con fecha de hace dos semanas. Observé la fecha en algunos de ellos. ¿Qué cree usted que hayan usado para limpiar las manchas? ¿Servilletas de papel?

Y extendió su mano hacia Buddy, como si fuera a espantarle una mosca de una oreja. El otro hombre, riendo, tuvo que aproximarse a él y contenerlo.

—Un poco de práctica no hace mal a nadie.

—En una planta baja, puede que no; pero sí en un sexto piso. Salió del despacho dando un tirón a la puerta con fuerza tal que cayeron al piso algunos pedazos de la cal del techo.

El otro hombre envió por un agente; aquella vez, uno con uniforme. Por un instante, Buddy creyó que lo iban a detener, y su estómago estuvo a punto de revolverse.

—¿Dónde vives, muchacho? Mejor lo llevas a su casa, Lyons.

—No por la puerta principal —suplicó Buddy, horrorizado—. Puedo entrar de la misma forma que sali.

—Esto es para asegurarnos de que regreses sin dificultad, muchacho. Ya has hecho bastante daño por un día.

Y el hombre le dijo adiós, agitando la mano, dando así por terminada la importante denuncia que acababa de hacer.

Buddy sabía la inutilidad de luchar contra un policía.

Lo peor que puede hacer alguien es emplear la violencia contra cualquiera de aquellos señores.

Se resignó a dejarse acompañar, andando con la cabeza baja.

Entraron en la casa y subieron la escalera. Llegaron a la puerta de sus habitaciones.

—¿Aquí es, muchacho? Buddy flaqueó. Se aproximaba un verdadero temporal.

El agente llamó a la puerta y fue la madre, no el padre, quien contestó la llamada. Su presencia allí, a aquellas horas, probaba que se le había hecho tarde para el trabajo. Su rostro palideció un minuto.

El policía le guiñó el ojo para indicarle que todo iba bien.

—No hay nada de qué asustarse, señora. Fué a vernos al puesto con cierta historia, y pensamos que sería mejor devolverlo a su casa.

—¡Buddy! —dijo ella, horrorizada—. Se lo fuiste a contar a ellos!

—¿Lo hace con frecuencia? —inquirió el policía.

—Siempre. Siempre. Pero hasta ahora, nada tan grave como esto.

—¿Empeorando, eh? Usted debería contárselo al superintendente de la escuela... o quizás a un médico.

Se oyó un crujido en la escalera, y la señora Kellerman, que hizo una pausa en su descenso, quedó mirándolos. Había en ella curiosidad, pero íria compostura.

—¿Al fin se lo has dicho? —sollozaba con angustia mortal—. ¡Ahora ya lo saben! Ahora saben quién los vió.

Su madre no entendió una palabra.

—¡Ah!, ¿de modo que ahora te da vergüenza, eh? ¡No es para menos!

Tomó la llave de debajo de la almohada del padre, que aun dormía, abrió la puerta del dormitorio de Buddy y lo arrojó dentro de él, cerrando otra vez con llave.

—Iba a dejarte salir, pero ahora te quedarás ahí encerrado todo el resto del día.

No la oyó; no se enteró de nada de lo que dijo.

—¿Se lo dijiste! —repitió una y otra vez—. ¡Me asesinarán! ¡Me asesinarán!

La oyó subir, rumbo a su trabajo. Lo dejaron allí solo, en el sofocante departamento, con los violentos ronquidos de su padre en la otra pieza por toda compañía.

El miedo no le hizo su presa inmediatamente. Sabía que no habría peligro mientras el padre permaneciera allí. No podrían aproximarse a él. Por tal razón, no se preocupaba mucho del encierro. Ni siquiera intentaba escapar por la ventana nuevamente.

Nada le ocurriría mientras permaneciera en su puesto. Era la noche lo que le preocupaba seriamente, cuando su padre fuera a trabajar y la madre regresara.

Pasó el largo y caluroso día. El sol empezó a descender y un terror preventivo lo iba poseyendo, a medida que la obscuridad se hacía más densa.

La noche prometía ser espantosa. La noche iba a convertirse en su más terrible enemigo, y aquella vez no había nadie a quien

decírselo; nadie a quien pedir ayuda. Ni su padre, ni su madre, ni siquiera la policía. Y el que no tenga de su parte a la policía, debe renunciar a todo; ya no hay esperanzas para él. Estaban a favor de todos los hombres honrados del mundo; de todos los que no eran ladrones o asesinos. De todos, menos de él. A él se le excluía.

La madre regresó del trabajo. La oyó trajar de un lado a otro, mientras preparaba la cena. Luego la oyó llamar al padre, para despertarlo. Buddy lo sintió levantarse y vestirse. La llave entró en la cerradura y se abrió. Buddy saltó de la silla en que estaba acurrucado. Su padre le hizo un gesto.

—Vamos a ver, ¿prometes portarte bien de ahora en adelante? —preguntó ásperamente—. ¿Prometes no volver a las andadas?

—Sí, señor —dijo él, dócilmente.

—Siéntate a cenar. Ambos lo hicieron.

—Siéntate a cenar. Ambos lo hicieron.

CAPITULO VII

La madre no tenía intención de denunciarlo. Le era fácil comprenderlo. Pero lo hizo, accidentalmente, casi al finalizar la cena. Contó imprudentemente algo referente al regaño que recibió de su patrón.

—¿Por qué? —inquirió el padre.

—Oh, porque llegué cinco o diez minutos después de la hora.

—¿Y por qué llegaste tarde? Parecías estar lista muy a tiempo.

—Estaba lista, pero cuando acabé de hablar con el policía que vino a nuestra puerta... Se detuvo en seco; pero el mal estaba hecho.

—¿Qué policía que vino a nuestra puerta?

No quería decirle nada; pero, finalmente, tuvo que hacerlo.

—Buddy se escapó. Uno de ellos tuvo que traerlo consigo. Por favor, Charles, no. Acaba primero de comer.

El padre arrancó a Buddy de la silla por un hombro.

—Ya hoy te he dado de cincos. ¿Cuántas veces voy a decirte que...?

Llamaron a la puerta. Aquello salvó el pellejo de Buddy por un minuto. El padre lo soltó, se dirigió a la puerta y abrió. Permaneció allí unos segundos con alguien, luego, cerró, regresó y dijo con sorpresa:

—Un telegrama. Y es para ti, Mary.

—¿Quién puede...?

Lo abrió, trémulamente. Luego miró a su marido con temor.

—Es de Emma. Debe estar en algún aprieto. Dice que vaya inmediatamente, que me necesita. "Por favor, ven sin dilación tan pronto como recibas éste".

Emma era la tía de Buddy, la hermana de su madre. Vivía muy lejos, en Staten Island.

—Debe ser algo referente a los chiquillos —dijo la madre—. Se habrán enfermado los dos, o algo por el estilo.

—A lo mejor es la propia Emma —dijo el padre—. Lo que sería peor.

—Si pudiera comunicarme con ella. Eso es lo que pasa cuando no se tiene teléfono.

Empezó a empacar algunas cosas. Buddy rogó aterrizado:

—¡No te vayas, mamá! Es un truco. Es de ellos. Te quieren quitar de en medio. Quieren matarme.

—Silencio —dijo el padre, dándole un empujón—. Entra en tu habitación. Vete, Mary. Te llevará la mitad de la noche al llegar hasta allá aun yéndote ahora mismo. Ya me ocuparé de él. Dame un martillo y

un par de clavos. —añadió ceñidamente—. Se quedará encedado. Tendré buen cuidado de ello.

Clavó uno con otro los marcos de las dos guillotinas, de jándolas herméticamente cerradas.

—Con esto aprenderás. Ahora podrás contarle tus embustes a las cuatro paredes hasta que te canses.

La madre le acarició la cabeza con lágrimas en los ojos.

—Pórtate bien. Obedece a tu padre.

Y se fué.

Buddy quedaba con un solo protector. Pero aquel protector se volvía contra él. Trató de razonar, de ganarlo a su terreno.

—Papá, no me dejes aquí solo. Papá, llévame contigo a la planta. No te molestaré. Te lo prometo.

El padre lo miró siniestramente.

—Sigue por ese camino. No te detengas. Mañana te verá un doctor. Yo mismo voy a llevarte, para que me diga qué diablos te pasa.

—Papá, no cierres la puerta. No. No. Al menos, dame una oportunidad de poder salir.

Trató de contener el picaporte, asiéndose a él con ambas manos, pero lo venció la fuerza superior del padre, y la puerta quedó bien cerrada.

—¿Salir para ir de nuevo a la policía y ponernos en vergüenza? Muy bien; si tienes miedo de ellos, quienes quieran que sean, deberías alegrarte de que te encierre. De ese modo estarás a salvo. ¡Maldito embustero!

¡Click! sonó la llave en la cerradura.

Desesperado, Buddy pegó su rostro a la puerta y siguió rogando:

—Papá, no dejes la llave en la cerradura. Si me has de encerrar, que sea llevándote tú la llave.

La llave se quedará en su sitio. No quiero correr el riesgo de dejarla en alguna parte y que se me pierda.

Empezó a golpear con los puños, frenético, y ya sin control alguno.

—Papá, no te vayas. Llévame contigo. No me dejes aquí solo. Papá, me retracto de todo. Era mentira.

El padre había llegado ya al colmo de la exasperación. No podía ya enternecerlo.

—Ya verás, a mi regreso del trabajo, jovencito —dijo, iracundo—. ¡Te espera el castigo mas severo de tu vida!

La puerta exterior se cerró de golpe y el padre de Buddy se marchó sin esperanza de regreso.

Buddy quedó enteramente solo. Solo con sus astutos enemigos; sólo con la inminente muerte.

Dejó de gritar inmediatamente. Sus voces lo ponían en peligro. Nadie podía ayudarlo ya. Sus enemigos no tardarían en iniciar el ataque.

Apagó la luz. La obscuridad lo aterraba siempre, pero sabía que en aquella ocasión era más seguro para él ocultarse en las tinieblas.

Pensó que quizás podría hacerles creer a sus enemigos que no había nadie en casa, manteniéndose inmóvil en la obscuridad. Quizás..., pero no tenía mucha esperanza. Lo más probable era que hubieran vigilado las escaleras, hasta ver a su padre salir solo.

Silencio absoluto. No se oía ruido alguno; es decir, ruido sospechoso, proviniendo del piso alto o de la pieza contigua; porque ruidos exteriores oía muchos; los indecisos e inofen-

sivos comunes a las noches veraniegas. Radios, choques de platos, un niño que llora...

Demasiado temprano todavía. Aun tenía un corto tiempo de respiro. Aquello era quizás peor; tener que sentarse y aguardar lo que tenía que llegar.

Se oyó el tañer de unas campanas de iglesia. Las de Santa Inés, la pequeña parroquia del barrio, situada a dos cuadras de allí. Siempre las oía desde su cuarto. Contó los campanazos. Nueve. No; hubo otro después. Las diez ya. Caray, el tiempo volaba. En la obscuridad no es cosa fácil darse cuenta del correr del tiempo.

La madre tardaría hora y media en llegar a la casa de la tía Emma, en el caso de no perder las conexiones. Tendría que cruzar la parte baja de Manhattan. Luego atravesar la bahía en el ferry y luego tomar un autobús hacia la calle en que vivía la tía Emma. Y otra hora y media para regresar, en el caso de no demorarse ni cinco minutos en casa de la tía.

Pero probablemente no saldría en seguida. Permanecería allí un buen rato, aun después de averiguar que el mensaje era falso. No creería que había peligro. ¡Era tan confiada de todo el mundo! Pensaría que sólo se trataba de una broma inocente.

Allí estaría completamente solo, por lo menos hasta la una y quizás hasta mucho más tarde. Eso lo sabían ellos. Por eso es que tomaban las cosas con calma. Por eso esperaban. Querían que todo se calmara en el vecindario. Querían que casi todo el mundo se acostara a dormir.

CAPITULO VIII

Buddy se levantaba de vez en cuando y se aproximaba a la puerta para escuchar. El tic-tac del reloj, en la pieza contigua, era todo lo que podía oír.

A lo mejor, si empujara la llave y ésta cayera en el suelo, cerca de la puerta, le sería fácil apoderarse de ella por debajo. La puerta era vieja y se encontraba un tanto desviada de modo que la separaba del suelo un espacio bastante amplio.

Fué cosa fácil sacar la llave de la cerradura. Lo hizo con un lápiz que llevaba en el bolsillo. La oyó caer. Luego tomó un perchero de alambre oxidado, que por allí encontró, y lo pasó por debajo de la puerta, paseándolo de un lado a otro, confiando en que el gancho del perchero haría presa de la llave y la acercaría a su lado.

Podía oír el ruido del gancho golpeando en la llave, pero cada vez que aproximaba a sí el perchero éste llegaba vacío. Por último, llegó un momento en el que no pudo dar con la llave, de ningún modo. La había perdido.

Las campanas de la iglesia volvieron a tocar. Buddy contó de nuevo. Las once. ¿Había transcurrido una hora completa en aquella tarea?

Casi todas las luces que solía ver por su ventana habían desaparecido. La última radio terminó de sonar.

Si nada le ocurriera durante la hora siguiente, había una esperanza de salvación. De las doce en adelante el tiempo actuaría en su favor. La madre estaría ya de regreso.

Se enderezó. Pudo oír un pequeño crujido que provenía del piso alto. De ellos. El primer ruido que hicieron. Como tratando de no ser oídos. Era fácil colegir que la persona andaba en puntillas, por lo lentamente que llegó el sonido. Grr...ik. Apenas duró medio minuto.

Luego, nada más durante un

largo rato; Buddy temía moverse; temía respirar.

Luego se oyó otro sonido distinto, que llegaba de otro sitio. No de madera, sino de hierro agrietado. No de encima, sino de fuera. No un crujido, sino una especie de rechino suave.

Los ojos de Buddy se clavaron en la ventana.

La cortina. Debió haber pensado en ella. Pero, no habiendo luz en el interior, nada podrían ver, aunque no estuviera echada la cortina.

Atisbó por la ventana. No era mucho lo que veía. Apenas un sombrío color gris oscuro, un tanto más claro que el interior de la pieza. Aquello era todo. Pero en seguida notó que el color se hacía más negro, a medida que lo observaba. Su frió un eclipse, como si un cuerpo descendiera hacia el nivel de la ventana.

Se acurrucó junto a la pared y escondió la cabeza bajo los hombros, como una tortuga tratando de ocultarla en su concha.

La sombra estaba más cerca. Cubría todo el hueco como un cojín de plumas. Pudo distinguir, súbitamente, el centro de la negrura; algo así como una cara.

Súbitamente, el centro de la sombra se iluminó con un disco del tamaño de un huevo, y un largo rayo de luz penetró por el vidrio e iluminó la pieza.

Empezó a circular lentamente de un lado a otro recorriendo totalmente las paredes de cada lado. Trazaba pequeñas circunferencias mientras avanzaba. Quizás, si se agazapara lo más bajo posible, la luz pasaría por encima de él sin descubrirlo. Se hizo una bola, con la cabeza más abajo de las rodillas.

La luz pasó por sobre su cabeza. No pudo encontrar objeto alguno que pudiera colgar frente a su cuerpo, para ocultarlo. Y, de repente, el rayo de luz le dió de lleno.

Brilló directamente sobre su cama, cegándolo. E inmediatamente desapareció con la misma rapidez con que había surgido. Ya no era necesario. Le había dicho todo lo que quería saber. Que él se encontraba allí. Y que se encontraba solo.

Oyó el ruido de unos dedos luchando por levantar las guillotinas. No pudieron. Los clavos las mantenían bien fijas al marco.

La mancha negra se movió lentamente hacia arriba, hasta desaparecer. El escape de incendio quedó desierto. Se oyó otro crujido en el piso alto. Ya no tan lento, ni tan furtivo como antes. La necesidad de tomar precauciones había pasado.

¿Cuál sería su próximo movimiento? ¿Tratarían de penetrar por el otro lado, es decir, por la puerta principal? ¿O renunciarían a sus planes? De sobra sabía él que no. Ya se habían comprometido bastante, remitiendo aquel falso telegrama. Ahora o nunca. Jamás se les depararía otra oportunidad como aquella.

La campana de Santa Inés tocó la media hora. El corazón de Buddy latía con tanta rapidez, que parecía competir en una carrera a velocidad máxima.

Algunos minutos de silencio. Como antes del trueno, como antes de ocurrir algo grave. Buddy respiraba con la boca abierta. Era la única forma de llenar sus pulmones. Con todo ello, sentía como si se ahogara. Luego, el sonido de una cerradura. Allí afuera, en la habitación contigua. Era fácil oírlo bien, pero se definía perfectamente. La puerta exterior empezó a abrirse cuidadosamente.

Buddy reconocía el ruido de una de las bisagras, que siempre rechinaba un tanto. Luego la puerta se cerró.

Una llave maestra. Aquello fué lo que usaron.

El suelo se quejaba suavemente, aquí allá, y más allá, hasta aproximarse a su puerta. Alguien había en la pieza contigua. Quizás una persona. Quizás los dos juntos.

No encendieron las luces. Temían ser vistos desde afuera. Creyó que podía oír su respiración, pero no estaba seguro; la suya propia golpeaba duramente en sus oídos.

El picaporte empezó a girar. Luego, lentamente, volvió a su sitio. Trataban de abrir la puerta. Si al menos no vieran la llave que andaba por el piso. Pero en seguida comprendió que no la necesitaban; la misma llave maestra que abrió la puerta externa serviría para aquella.

Quizás le sería fácil obstruir la cerradura, utilizando el lápiz que empleó para sacar la llave original. Lo sacó del bolsillo. Demasiado de prisa, demasiado nerviosamente. Cayó al suelo y tuvo que buscarlo a tientas, con las palmas de las manos. Al fin lo encontró, y se precipitó para insertarlo en la cerradura. La juntura de la puerta se iluminó un instante, como si una luz la recorriera de arriba abajo, en busca del ojo de la llave. En el punto de aproximarse Buddy a la puerta, se oyó ruido metálico y una llave penetró en la cerradura.

Demasiado tarde. La llave estaba dentro. Todo había terminado para él.

Buscó algún objeto que apoyar contra la puerta, para ganar tiempo. Nada era lo bastante pesado. Solamente la silla, en la que estuvo sentado, que de nada serviría.

La llave giraba jugando en la cerradura.

Levantó la silla y la arrojó por los aires. Pero en dirección contraria a la puerta. Hacía la ventana. El vidrio se hizo añicos, con un estruendo torrencial, al mismo tiempo que la puerta se abrió de golpe hacia el interior de la pieza.

Atravesó el dentado hueco tan rápidamente que fué la velocidad factor decisivo en su salvación. Sintió que la ropa se rasgaba en dos o tres lugares, pero el vidrio no tocó su piel. Rápidas y fuertes pisadas sonaron tras él, en el piso de madera. Un brazo se abalanzó hacia él, y a punto estuvo de tocarlo. El vidrio astillado detuvo al hombre. Era demasiado corpulento para correr igual riesgo que Buddy.

El muchacho se precipitó hacia abajo, por el escape de incendios, a increíble velocidad. Una vuelta, y hacia abajo; otra vuelta, y hacia abajo, como un tirabuzón. Luego saltó al pavimento y corrió hacia el sótano.

La obscuridad era profunda en aquel sitio, pero él lo conocía palmo a palmo, por haberlo recorrido muchas veces. Temió que, de permanecer allí, sus enemigos lo cercarían, evitando así su fuga...

Atravesó el sótano sin detenerse, y ascendió por la escalera del conserje hacia la acera.

El hombre descendió por la escalinata, y quiso ponerse frente a Buddy, para cortar su fuga.

CAPITULO IX

Buddy cambió el rumbo, y corrió hacia la esquina con la velocidad que es posible solamente a los muy pequeños y a los muy livianos.

Buddy corrió diagonalmente, por la calle, hacia la acera

opuesta. El hombre se vió imposibilitado de seguirlo por un largo rato. Se encontraba atareadísimo tosiendo, pataleando, tambaleándose; luchando por recobrar la vista.

Buddy aprovechó la ocasión. Llegó a otra esquina y la dobló para buscar otra calle. Pero aquello fué solamente una dilación, no una escapada definitiva. El hombre reapareció, después de un rato, precipitándose tras él. De nuevo las piernas más largas y el pecho más robusto empezaron a ganar terreno. Buddy vió una figura en movimiento frente a él, la primera persona que encontraba en la calle desde el comienzo de la caza. Corrió hacia ella, se agarró de su brazo, demasado sofocado para hacer otra cosa que jadear un minuto. Ja dear, apuntar hacia sus perseguidores y agitar el brazo del hombre.

—Déjeme en paz —dijo el hombre con voz gruesa, medio alarmado por los frenéticos e incoherentes requerimientos—. ¿Qué está usted haciendo?

—Señor, aquel hombre quiere matarme. Por favor, señor, impídalo.

El hombre se inclinó repentinamente sobre el cuerpo del muchacho, y ambos estuvieron a punto de rodar por el suelo hechos una bola.

—¿Qué te pasa, chiquillo? ¿Alguien te quiere matar?

Un borracho De nada podría servirle. Apenas podía comprender lo que el chico le decía.

Buddy, súbitamente, lo empujó al suelo para estorbar el paso de su némesis, que se aproximaba. El borracho cayó tan largo como era, y el otro tropezó con él, y cayó de bruces. Un minuto o dos ganados en la fuga.

Al otro extremo de la cuadra. Buddy penetró en una amplia avenida. Por ella pasaban tranvías eléctricos, y en aquel preciso momento vió llegar a uno de ellos totalmente iluminado. El milagro de las horas nocturnas; un tranvía cuando se necesita con urgencia. Acostumbraba a pasar una cada media hora, y, por extraordinaria fortuna, la llegada de uno coincidió con la aparición del muchacho en la calzada.

Echó a andar en la misma dirección que el vehículo, aumentó prodigiosamente su velocidad, pegó un salto y quedó prendido del tranvía.

A un lado de las vías se agrupaba una masa humana, aguardando la llegada del tranvía para abordarlo. Buddy, desesperado, trató de calcular la distancia entre su perseguidor, el carro y los expectantes pasajeros.

El tranvía se detuvo. Una luz verde, color de esperanza, brillaba en el semáforo de la esquina. Las tres personas agrupadas en el andén se apiñaron. Dos de ellas ayudaron a la tercera a ascender. Luego subieron algunos cestos y paquetes. En seguida la mujer se inclinó desde el escalón para besar a sus acompañantes, uno primero y después el otro.

La luz verde se extinguió totalmente. Por un instante nada tomó su lugar. Sólo un eclipse; negrura completa. El tranvía se estremeció nerviosamente, listo para iniciar la marcha.

Pero, de repente, la luz del semáforo reapareció. Esta vez era roja, de un rojo que hería las tinieblas. Rojo de sangre símbolo de muerte. La muerte de un chiquillo.

El vehículo permaneció inmóvil otra vez. En el absoluto silencio podía oírse claramente el tenaz y rápido trotar de unos pies humanos en el pavimento.

Buddy se arrojó a las vías de masiado tarde. La mano del hombre se había enroscado fuertemente a su cuello y lo apretaba contra la parte posterior del tranvía.

—Ya estás en mi poder —le silbaba sañudamente al oído.

CAPITULO X

Buddy estaba demasiado extenuado para intentar defenderse; el hombre, por su parte, no conservaba fuerzas más que para mantenerlo bien sujeto. Y era todo lo que necesitaba. Allí permanecieron juntos extrañamente pasivos, casi invalidados, durante algunos minutos.

La mujer no tardó en aparecer. En el tono bajo de su voz había una irrealidad absoluta que era mucho peor que cualquiera imprecisión que pudiera haber emitido.

—Vamos. Saquémoslo del centro de la calle. No pensarás de jarlo ahí.

Buddy se empeñó en una tan acalorada como inútil refriega por liberarse de aquellas manos, refriega que, como una roseta de fuegos artificiales, terminó casi en el punto de empezar. El hombre le atornilló el brazo a la espalda, usándolo como palanca para imponer sumisión.

Subieron a la acera y empezaron a andar, con Buddy en el centro. El chiquillo marchaba tan apretujado contra los cuerpos de sus enemigos, que por el frente no podía notarse que iba bien sujeto.

¿No se encontrarían con alguien, con una persona cualquiera? ¿Toda la ciudad había desertado de las calles precisamente aquella noche? Súbitamente alguien apareció en su camino.

Eran dos hombres aquella vez. No zigzagueando como el otro, sino caminando muy firmes y derechos, tranquilos y serenos. Hombres con los que podía razonarse. Lo ayudarían; tendrían que hacerlo. Avanzaban hacia él y sus aprehensores. Estos habrían evitado su encuentro; pero no les fué posible. Los hombres habían doblado la esquina al mismo tiempo que el grupo se aproximaba al ángulo en una forma tan brusca que no era posible evitar el cruce. Retroceder habría despertado sospechas.

Con precaución, Joe dió una inmisericorde vuelta al ya adolorido brazo de Buddy.

—Una sola palabra —le dijo al oído—, y te lo arranço de raíz.

Buddy aguardó a que los dos grupos estuvieran más cerca, atesorando fuerzas contra el dolor; contra el que experimentaba y contra el que experimentaría.

Luego se echó a un lado rápidamente, dando un fuerte taconazo a la canilla de su enemigo. El hombre, que hizo un movimiento hacia arriba, se vió obligado, como acto reflejo, a soltar el brazo.

Buddy se abalanzó, como un tackle de futbol, hacia el más próximo de los recién llegados, y, abrazándose a sus piernas con ambos brazos, se adhirió a ellos con una barnacla.

—¡Señor, ayúdeme! ¡Señor sálveme!

El hombre, con aquel peso en sus piernas, se vió imposibilitado de dar otro paso. Su compañero hizo alto también.

—¿Qué diablos?... —Escúcheme usted... Créame... —gritó Buddy, apresuradamente. Mataron a un hombre anoche y quieren hacer lo mismo conmigo.

Joe no hizo lo que el chico esperaba. No corrió para apresarle de nuevo. No mostró violencia, ni tan siquiera cólera. Hubo en él un repentino cambio

de actitud, que descontroló a Buddy, colocándolo en posición desventajosa. El asunto tomó características psicológicas en lugar de físicas. Y él no era muy apto para situaciones psicológicas.

La mujer sacó a relucir un pañuelo y lo llevó efectivamente a los ojos. Luego volvió el rostro y agitó los hombros.

—Su intención no es mentir —dijo Joe, con paternal indulgencia—. Inventa falsedades y luego él mismo se las cree. Su imaginación está siempre sobre activa.

—¡No son mis padres —gemía Buddy, sintiéndose rodar a un abismo.

—Me robó cinco dólares de la bolsa —intervino la mujer; hecha un mar de lágrimas—. El dinero para la cuenta de gas correspondiente a este mes. Y luego se fué al cine. Ha estado fuera de casa desde las tres de la tarde. Lo acabamos de encontrar. Y ésta ha sido su actitud por todo el camino hacia la casa.

—Mataron a un hombre —chilló Buddy—. Y cortaron su cuerpo en pedazos con una navaja.

—Eso es lo que vió en la película —dijo Joe con un descorazonado movimiento de cabeza—. No tiene remedio.

La mujer se postró frente a Buddy, pasándole por el rostro el pañuelo, como para limpiárselo, con la más maternal de las solicitudes.

—¿Te portarás bien ahora? ¿Vendrás a casa con nosotros, como todo un buen chico?

Los dos desconocidos se volvieron definitivamente contra Buddy. Las lágrimas de la mujer y la pesarosa actitud de Joe produjeron su efecto. Uno de ellos miró al otro.

—Me alegro de no haberme casado nunca, Mike, si esto es lo que se gana.

El otro se inclinó, desprendiendo a Buddy de sus piernas, sin mucha cortesía.

—Suéltame —dijo ceñudo—. Sé bueno con tus padres. Obedécelos.

—Llévémoslo en un taxi, Joe. No podemos seguir conduciéndolo de esta guisa por las calles.

Un taxi iluminó la calle. Joe le hizo una seña, reasumiendo de inmediato su carácter paternal.

—Es la última vez que te llevo conmigo a la calle —regañó la mujer, con un ojo puesto en el chófer—. Ahora entrarás en el automóvil y te portarás como es debido.

Lo obligaron a penetrar en el vehículo, sosteniendo la mujer sus rebeldes piernas, y el hombre su cabeza y sus hombros, mientras el tronco se doblegaba hacia afuera, semejando un saco de patatas. Lo arrojaron en el asiento y lo clavaron a él, sentándose ambos a cada lado para evitar que se moviera.

—Esquina de Amherst y Calle Veintidós —dijo el hombre. Luego, mientras arrancaba el auto, murmuró a la mujer por la comisura de los labios—. Inclínate un poco.

Su cuerpo ocultó a Buddy de la mirada indiferente del chófer, por algunos minutos.

CAPITULO XI

El auto se detuvo frente a un semáforo, mientras Buddy iba volviendo en sí de los efectos de un puñetazo. Se oyó un ruido metálico y una figura en la acera opuesta cerraba una caja telefónica y perezosamente seguía el camino.

¡Un gendarme, al fin! Lo que tanto ansiaba; por lo que tanto

oraba.

La mano de la mujer, armada con el pañuelo, adivinó demasiado tarde su propósito. Buscó ávidamente la boca del muchacho y la apretó con firmeza. Buddy movió la cabeza y clavó sus dientes en un dedo de su opresora. Esta retrocedió con una aguda exclamación, alejando sus manos hacia arriba.

Al verse libre, Buddy pegó el grito más fuerte que pudieron emitir sus pulmones. Casi reventó con él sus cuerdas vocales:

—¡Agente! ¡Policía! ¡Ayúdeme, por favor! ¡Ayúdeme!

El gendarme interrumpió su marcha y se volvió hacia ellos lentamente. El grito de un niño pidiendo auxilio no era igual al de un mayor en trance similar. No era tan inmediato, tan crucial.

Miró por la ventanilla del vehículo hacia las tres personas. Incluso descansó su antebrazo en el marco, negligentemente, mientras miraba. Ni siquiera estaba alerta. No podría ser gran cosa; un chico dando gritos en el interior de un taxi.

—¿Qué ocurre? —inquirió lentamente—. ¿A qué se deben los gritos?

—Sabe lo que le va a pasar en cuanto llegue a su casa. Eso es lo que ocurre —dijo la mujer muy estirada—. Y podrás llamar a todos los gendarmes que encuentres en el camino, jovencito. Pero eso no va a salvarte del castigo.

Asesinaron a un hombre anoche con un cuchillo y luego cortaron su cuerpo en pedazos, y... —dijo Buddy, incoherentemente y entre amargos sollozos.

—¡Vaya una puerca imaginación! —comentó disgustado el policía. Luego miró fijamente la cara contorsionada del chiquillo—. ¡Un minuto! ¿No te he visto antes en alguna parte, muchacho?

Hubo un silencio absoluto. El corazón de Buddy se remontó como un globo.

—Al fin, al fin...

—Claro que me acuerdo de ti ahora. Tú eres el que estubo en el puesto esta mañana y nos causó un sinfín de molestias con la misma historia. Malgastando el tiempo de todo el mundo. Y el inspector Brundage, es tupidamente, mandó a alguien para investigar. ¡Desde entonces no sabe dónde meter la cara! Es un tío sin inteligencia. Sí; ahora te reconozco. Eres el mismo. Te vi por allí. Uno de los nuestros tuvo que llevarte a tu casa, para librarse de ti. ¿Son ustedes sus padres?

—¿Cree usted que le toleraría mos tantas insolencias si no lo fuéramos? —protestó Joe, amargamente.

—Tienen ustedes toda mi compasión. —Les hizo una señal de despedida con la mano—. ¡Llévenselo! ¡Es todo de ustedes!

—¿Algún número en particular? —inquirió el chófer.

—Déjenos en la esquina —dijo Joe, plausiblemente—. Vivimos dos puertas más allá.

Pagó antes de abandonar el auto, con el objeto de tener ambas manos libres para hacerse cargo de Buddy en el momento de descender.

El taxi disminuyó la marcha. Al fin se detuvo y los pasajeros lo abandonaron a toda prisa.

—¿Crees que recordará nuestras caras más tarde? —inquirió la mujer, con alarma.

—No son nuestras caras las que importan. Es la del chico —respondió Joe—. Y ésa nadie la volverá a ver jamás.

—Allí lo tienes. Aquel es el sitio —dijo Joe, con precaución.

Era un edificio de departamentos tapiados con vallas de ma-

La Juerga Existencialista



ON toda dignidad y con un sentido profundo de la responsabilidad del hombre para consigo mismo, los místicos españoles hallaron los principios de lo que filosóficamente podría considerarse como el existencialismo. Traslado eso a un tema de nuestro tiempo, ese pensamiento se transformó como desgarradora consecuencia de la post-guerra, como escape cínico, como aproximación a un nuevo tipo de bohemia. Abre la perspectiva al teatro, y a unas tertulias muy famosas de París, con consecuencias curiosísimas en la América nuestra.

En uno de los grandes diarios de Buenos Aires, o en el más grande, por ser el que directamente recibe la inspiración del presidente, encuentro un aviso a seis columnas del primer baile existencialista que se celebró en la casa presidencial. El general Perón ha tenido la gauchada, es decir, el gesto campechano y cordial de propiciar esa fiesta. El aviso de invitación al baile, que desgraciadamente no puede reproducirse en su extravagancia tipográfica, dice textualmente: "Los estudiantes reviven la alegría del Carnaval — Primer gran baile de los existencialistas. Mañana domingo en la Residencia Presidencial de Olivos, sede del club de la U.B.S., Rama Femenina, 22 horas.

MUJERES: con melenas cortas y cabellos desgreñados, uñas largas, sin arreglar, ropas simples, holgadas y sin adornos. HOMBRES: con barbas de varios días, sacos estilos "el finado era más grande", camisas sucias y raídas, pantalones sin planchas, medias caídas, botines sin cordones, oipas de dos metros de largo y libros que nunca leyeron o abrieron... En último caso, venga usted como quiera. A nosotros, ¡qué nos importa! Si lo mismo le llegará algún día la muerte a usted y a nosotros. Entonces, ¿para qué

se va a sacrificar? ¿Usted tiene comida? Coma, y si no, ¡muérase de hambre! ¿Para qué va a trabajar? Actuarán las orquestas... etc."

¿Se trata de una macanada? ¿Todas esas frases son macanas, y nada más? Quizá sí, quizás no. Lo serio está en que el macanudo existencialista es así. Los existencialistas de París son una pirámide con tres caras. Por un lado, reflejo de Kierkegaard, por otro, teatro de Sartre con títulos de Can-can, y por otro, tertulias a la manera de las de Buenos Aires, quizás con menos exaltación tropical y más tóxicas.

Podría ocurrir en Buenos Aires que el existencialismo estuviera resintiéndose de los experimentos atómicos que inició un sabio en el exilio. Como es posible que la misma descomposición atmosférica y nerviosa sea causa de las variantes en las corrientes políticas, filosóficas y religiosas del mundo, en que se observan historias y desenlaces parecidos. Como consecuencia de la primera guerra mundial surgieron los estilos terminados en "ismo", que afectaron principalmente a la literatura, la pintura, y en general a toda expresión plástica. En 1918, el arte era un átomo, en cuya desintegración trabajaron Picasso, Marinetti, o Braque. Berenson decía alguna vez que el mundo de la pintura había venido evolucionando desde la Edad Media en forma ascendente, legándole a cada época obras maestras, hasta que un día en conversación de sobremesa, sin vista a ninguna publicación, y sin pensar quizás, pero sí bajo la presión subconsciente, me parece, de la bomba de Heroshima.

Claro que de un místico español al baile de la casa de Olivos hay alguna distancia, como la hay de la mujer rosa de Picasso al huevo frito de algunos pintores de la calle 57 de Nueva York. Pero que nadie le tenga temor a las consecuencias!

oído anoche. La explicación era admirable. Coincidían la hora y el tipo de programa; se ajustaba muy bien a las circunstancias para dejarlo escapar. Pero su explicación fué precisamente lo que te salvó la vida. Porque esta noche tuve la ocurrencia de poner ese programa. No porque sospechara nada, sino para entretenerme. Si era tan bueno, quería conocerlo. Y era tan bueno, quizás mejor. Se trata de una serie, que continúa diariamente. Y, esta noche, al finalizar la transmisión, el locutor pidió perdón al auditorio por no haber entrado al aire la noche de ayer. El martes es día de elecciones y el tiempo del programa fué cedido a uno de los candidatos. Y lo que tú oíste anoche no fué precisamente un discurso político. Aquello fué lo primero que me puso en guardia. Luego fuí directamente al piso de los Kellerman. Demasiado tarde, que por lo regular es tan malo como nunca. Debían encontrarse ya en camino de este sitio en tu compañía. Todo estaba en orden, tal como lo vi la primera vez. Solamente que una toalla que habían colgado en la puerta del cuarto de baño cayó al suelo al rozarla yo. Y bajo ella, en sitio donde era imposible que nadie pudiera verlo, ni aun ellos mismos, estaba una tira de cue-

ro, de las que se usan para afilar navajas. No navajas de seguridad, sino navajas barberas. Con una pequeña partícula de jabón todavía húmeda, adherida a ella.

Un par de pequeños detalles que vinieron terriblemente tarde, pero que sirvieron para algo. Buddy, hemos llegado a tu casa. Entraré contigo.

Estaba casi amaneciendo, y cuando golpearon a la puerta, Buddy exclamó en un susurro temeroso:

—¡Caray! ¡Estoy seguro de ganarme una buena paliza! ¡Me he pasado la noche fuera!

—Los detectives tienen que hacerlo algunas veces, ¿no lo crees así?

Y Ross se desprendió de su placa y la colocó en el pecho del muchacho.

Se abrió la puerta y el padre apareció en el hueco. Sin decir una palabra, levantó agresivamente el brazo.

Ross le echó la mano y lo sostuvo a medio camino.

—Un momento, un momento. Piénselo dos veces antes de atreverse a ponerle una mano encima a esta caballerito. Sepa usted que es un delito grave maltratar de hecho a un miembro de Bureau de Detectives. Aunque se trate de un menor de edad, ostentando el grado de principiante auxiliar.

dera que, aunque condenado por las autoridades, permanecía en pie. Arrojava una sombra espesa, que impedía el que nuestros personajes pudieran ser vistos, aun estando a la puerta de la abandonada construcción. Estaba impregnada la atmósfera de un olor de cosa abandonada. Era el sitio (bien lo sabía Buddy) donde lo aguardaba la muerte.

Pararon bruscamente.

—¿Has visto a alguien por los alrededores? —interrogó Joe, prudentemente.

Un palio de absoluta obscuridad descendió sobre ellos. El hedor que se percibía era espantoso. No era solamente la muerte de un edificio, era también... otra clase de muerte. La muerte en dos maletas, probablemente.

—Cómo sabías que estaba abierta? —inquirió sorprendida la mujer.

—¿Cómo crees? —respondió Joe, en lúgubre tono.

—¿Es aquí donde...? —fué todo lo que pudo decir la mujer.

Joe sacó a relucir la linterna de bolsillo. Lanzó el rayo de luz sobre una escalera en esqueleto y la apagó instantáneamente, como quien toma una fotografía.

—Espérate en este sitio... y no fumes —le advirtió a la mujer—. Voy al piso alto.

El chico estaba demasiado embrutecido por el terror para continuar su lucha. Era inútil, de cualquier modo. Nadie en aquellos contornos podría oírlo a través de las gruesas paredes. Si no le habían auxiliado allá afuera, en la calle, no iban tampoco a ayudarlo en aquel sitio.

—Di adiós, chiquillo —murmuró Joe, irónicamente.

CAPITULO XII

El collar de la muerte se abrió del todo y las manos del hombre fueron derechas al vientre. Buddy sabía que un golpe semejante era más que suficiente. Se jugaba la vida en aquel momento y no era cosa de dar cuartel. El hombre le había dado todo el espacio necesario. Levantó una pierna y plantó la suela del zapato sobre el vientre del enemigo. Hubo un ruido de chupada, como si hubiera golpeado contra una esponja llena de agua.

Segundos después llegó desde el piso bajo un extraño ruido, semejante al de un tiro de pistola; una especie de chasquido que producía al chocar contra el suelo un cuerpo pesado y firme, que tenía huesos con su correspondiente calavera.

Una voz de mujer gritó a pleno pulmón:

—¡Joe!

La voz femenina no volvió a gritar, pero dejó escapar amargos gemidos. Y, de repente, también cesaron los gemidos. Hasta Buddy llegó un puñado de polvo de cal, que arañó su nariz. Los ojos le empezaron a arder.

La extraña situación no se prolongó mucho. Súbitamente le llegaron muchas voces del piso bajo, como de personas que llegaban de la calle. Las linternas pestafearon en el patio. Luego, un rayo de luz más fuerte que los otros, una especie de faro, ascendió hasta el piso en que se hallaba Buddy, lo recorrió todo y, finalmente, se detuvo en él.

Una voz le llegó a través de un megáfono. Era una voz que intentaba parecer calmada y amigable, pero temblaba un tanto.

—Cierra tus ojos, chiquillo. Te bajaremos. Pero no mires. Mantén bien cerrados los ojos. Concéntrate en cualquier otra cosa.

sa. ¿Conoces la tabla de multiplicar?

Buddy respondió con la cabeza, cautelosamente, como temeroso de agitarla demasiado.

—Empieza a repasarla. Dos por dos, dos por tres. No abras los ojos. Estás en la escuela y la maestra se encuentra frente a tí. Pero no alteres la posición.

—Señor —dijo, en voz delgada, pero inteligible—, ¿cuánto tiempo debo quedarme así? Siento que me arden las piernas y me he trabado en cuatro por veintitrés.

—¿Quiéres salvarte pronto, pero con un poco de peligro, muchacho, o prefieres que la salvación sea lenta pero segura?

—Pronto, pero con un poco de peligro —contestó. Me estoy mareando.

—Está bien, muchacho —respondió la voz—. Hemos extendido una red aquí abajo. No podemos enseñártela) Tendrás que creernos.

—Puede que haya tablas sobresaliendo de las paredes —objetó otra voz en tono bajo.

Llevará muchas horas el otro procedimiento, y, pobre chico, ha sufrido bastante.

La voz volvió a dirigirse hacia las alturas.

—Pega bien los brazos a ambos lados del cuerpo, pon los pies muy juntos, abre los ojos, y cuando yo cuente tres, salta. Uno... dos... tres...

Nunca llegaría allá abajo. Si llegó, rebotó y todo terminó. Estaba a salvo.

Lloró durante un minuto o dos, sin saber por qué. A lo mejor era el llanto que había reprimido cuando Joe intentó matarlo. Pero pronto se calmó. Eso es posible solamente cuando se tienen doce años.

Confío en que aquellos hombres no lo hubieran visto llorar.

—No era que lloraba —explicó—. La cal me llegó a los ojos y me ardiéron mucho.

—También a mí me pasó lo mismo —dijo gravemente su antiguo enemigo, el detective Ross.

Y lo peor del caso era que sus ojos estaban también brillantes. Joe yacía junto a ellos, con la cabeza hundida entre dos tablas. A la mujer la sacaron de allí en camilla.

Alguien se aproximó a ellos con un gesto de repugnancia en su rostro.

—Hemos encontrado dos maletas debajo de lo que queda en la escalera.

—Mejor no miren todavía su contenido —advirtió Ross.

—Ya lo hice.

El hombre tragó fuerte y se precipitó hacia la calle, con una mano en la boca.

Condujeron a Buddy, con todos los honores, en un auto del Departamento. En medio de todos ellos, como una mascota.

—Gracias por salvarme —dijo, agradecido.

—No te salvamos hijo mío. Te salvaste tú mismo. Llegamos unos minutos demasiado tarde. Habríamos aprehendido a los criminales, sin duda alguna; pero no habríamos podido salvarte.

—¿Cómo llegaron hasta aquí?

—Seguir el rastro fué cosa fácil, una vez puesto en marcha. Un genarme se acordó de ti; un chofer de taxi nos indicó el sitio en que descendieron. Lo malo fué que empezamos demasiado tarde.

—¿Pero qué les hizo creer, así de golpe, cuando en la mañana no quisieron creerme?

—Pasaron dos o tres cosas —dijo Ross—. Insignificantes, pero que sirvieron de mucho. La mujer de Kellerman mencionó exactamente el programa que, según las apariencias, tú habías

La tierra pertenece a todo el pueblo!

Por WILLIAM VOGT



OS hombres y mujeres de la América Latina son famosos en el mundo entero por su patriotismo. Siempre han estado listos para pelear por sus países y sus dirigentes: Bolívar, San Martín Su cre, Juárez, Arce, etc. No solamente han estado deseosos de pelear por sus países y jefes sino que morirían por ellos, valientemente y sin vacilar.

A este respecto, se parecen a los hombres valientes y patriotas de todo el mundo. Morir por su país ha sido siempre considerado uno de los más nobles destinos que puedan tocar al hombre.

Pero en mi opinión hay algo más noble que morir por su propio país, algo que exigirá tal vez más valor.

¡Vivir por su propio país!

Morir en el campo de batalla en defensa de Costa Rica es algo que ningún costarricense rehusaría.

Pero vivir su vida de manera que Costa Rica sea más fuerte, más sana, más feliz el año que viene, de aquí a cincuenta años, de aquí a cien años, ¿cuántos ticos lo hacen? ¿Cuántos hombres, en no importa qué país del mundo, lo hacen?

Si un enemigo tratara de atacar cualquier provincia de Costa Rica, los costarricenses pelearían. Sin embargo, por la erosión del suelo, Costa Rica está perdiendo mucha más tierra costarricense de labor que la que existe en cualquiera de sus provincias, y ¿cuántos costarricenses pelean contra esa pérdida?

¿Cuántos campesinos viven por Costa Rica, pelean por Costa Rica, defienden su suelo, protegen los bosques, los pájaros con métodos apropiados de agricultura?

Costa Rica podría levantar un ejército de veinte mil hombres para proteger sus fronteras. ¿Qué razón hay para que no levante otro ejército, igualmente numeroso, en defensa de la tierra dentro de sus fronteras, cuando esta tierra está siendo arrebatada como si fuera capturada por un invasor?

El grupo más importante dentro de cualquier ejército que levantara Costa Rica sería el de los campesinos. Pelearían con heroísmo en defensa de Costa Rica, cómo han peleado en el pasado. Por ahora no se les necesita en el ejército, al menos para pelear contra un enemigo extranjero. Pero se les necesita con urgencia para pelear por la tierra de Costa Rica.

No toda la tierra costarricense está enferma, aunque ya es gran de la extensión que sufre la falta de protección del campesino.

Si ustedes vivieran en una región donde no existe la erosión del suelo, donde haya agua en abundancia, donde los bosques sean ricos y estén sanos, serían entonces ustedes muy afortunados. Pero también es una suerte para ustedes que entiendan la tierra antes de que enferme, porque así ustedes mismos pueden impe-

dir que llegue a enfermarse.

—Pueden ustedes arar en torno de las colinas en vez de arar de arriba a abajo.

—Pueden ustedes evitar cultivar maíz o plantas semejantes en laderas demasiado pronunciadas.

—Pueden ustedes proteger los pájaros y ver que sus hijos y los de sus vecinos no los molesten.

—Pueden ustedes talar sus bosques de tal modo que haya siempre árboles, árboles que darán madera y protección el agua y la tierra.

—Pueden ustedes hacer pastar su ganado de manera que no destruya el pasto.

—Pueden ustedes evitar los incendios, las quemadas, los grandes destructores de sus bosques y potreros, y permitir que las semillas echen raíces para conservar la riqueza del suelo.

Si ustedes hacen todo esto, siempre cosecharán riqueza de sus tierras durante todos los días de su vida.

Pero en muchas partes de Costa Rica no hallarán ustedes tierra tan rica.

Hallarán la erosión del suelo; encontrarán los bosques en vías de desaparecer. Hallarán que el agua escasea cada día más; encontrarán insectos que atacan las cosechas, pocos pájaros para com batirlos, porque los muchachos los han matado con sus flechas. Hallarán que cada parcela de tierra produce menos y menos maíz, frijoles, pasto y árboles; encontrarán largos y corrientes azolvadas, con lodo. Encontrarán que los peces están desapareciendo, lo mismo que la caza, en las montañas de arriba.

Si Costa Rica fuese un hombre, dirían ustedes: "No parece estar con buena salud. Cada día adelgaza más y se debilita más".

Costa Rica está adelgazándose y debilitándose más cada día. Y va a seguir haciéndolo hasta que su pueblo se levante como un poderoso ejército y vuelva a la defensa de la tierra.

Costa Rica necesita un ejército de defensa, como nunca antes en su historia lo necesitó, ni aun cuando los filibusteros amenazaron la patria, los hogares y la libertad. Pero necesita un ejército diferente de todos los que ha tenido. Para este ejército, las palas y los azadones serán más importantes que los fusiles. Y la más importante de todas las armas será la inteligencia y el patriotismo.

Debemos buscar las causas de los varios males que he descrito en este librito. Debemos buscar las causas no sólo en nuestra propia tierra, sino en la de nuestros vecinos y en la tierra del gobierno y las municipalidades. Cuando veamos tierra enferma y entendamos la causa de la enfermedad, entonces sabremos cómo empezar la curación.

Si es así, sólo hay un medio de obrar para los ciudadanos costarricenses que sean verdaderos patriotas:

¡COMENZAR LA BATALLA EN DEFENSA DE LA TIERRA!

Es menester hacer esto en las comunidades. Hay que enseñar mejores métodos de agricultura a los campesinos, que usan malos

Anecdótico Nacional

por CARLOS FERNÁNDEZ MORA

Dibujos de Noé Solano V.



En una de las administraciones del Licenciado don Ricardo Jiménez Oreamuno, se agitaba la idea de organizar una Federación Centroamericana. Algunos políticos de aquella época convinieron que los Estatutos fueran aprobados artículo por artículo por las cinco repúblicas signatarias.

De Guatemala, la hermana mayor, llegó por cable el Artículo 1º, que poco más o menos decía: "Los representantes se reunirán una vez al año o antes, si tres repúblicas así lo desean", y se pedía su aprobación".

Don Ricardo Jiménez, al conocer el texto de dicho artículo, y con el cable en la mano, le pre-

gunta al Licenciado don Joaquín Fernández Montúfar que por ese entonces servía con gran acierto la secretaría de la presidencia de la república:

—"¿Qué le parece Joaquincito?"...

Y Joaquín Fernández, le respondió al momento:

—"Me parece muy bien, don Ricardo".

Entonces, el señor Presidente Jiménez le dice:

—"Conteste diciendo: "El Artículo Primero de los Estatutos me recuerda aquello de la Iglesia Católica de: "A confesarse una vez al año o antes SI HAY PELIGRO DE MUERTE"..."

..(La respuesta de don Ricardo le dió cristiana sepultura al proyecto).

métodos. Hay que convencer a los que talan demasiados árboles que están perjudicando no sólo a la comunidad, sino a la nación costarricense.

Hay que mostrar a los campesinos y a sus hijos que matan aves canoras y gavilanes y lechuzas, que son enemigos de Costa Rica, que están dañando a su propio país.

Hay que empezar en el más pequeño de los ranchos, para pisar a las comunidades, a las cabeceras de provincia, y aun a la capital de la República.

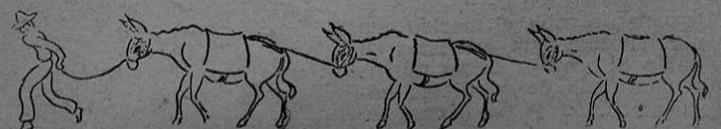
Muchos de nosotros no podemos salir a combatir por nuestro país en sus campos de batalla. Parecería difícil hallar una manera de mostrar nuestra lealtad y nuestro amor por Costa Rica.

Pero todos nosotros podemos pelear por nuestra patria en casa.

Y Costa Rica necesita defensores de su tierra mucho más de lo que necesita defensores de sus fronteras.

En la batalla por la tierra, el mejor soldado es el campesino.

¡El porvenir de Costa Rica está en sus manos!



RECUERDOS DE HENRI BERNSTEIN

Por Antonio Magaña Esquivel

L jueves 26 de noviembre del año pasado moría a la edad de setenta y siete años, en París, el que un día fué popular comediógrafo francés, autor de comedias más hábiles que profundas, fundadas en los enredos o problemas del amor como resorte fundamental: Henri Bernstein. En México, donde sus obras figuraron durante años en los repertorios más favorecidos por el aplauso general, su muerte pasó puato menos que inadvertida.

Nacido de padres burgueses — su padre Marcel Bernstein, fué un hombre de negocios, y su madre a su vez era hija de un tal William Seligman, banquero en Nueva York— al comenzar el último cuarto del siglo XIX, exacta mente el 20 de junio de 1876, hacia los veinticinco años estrenó su primera pieza teatral, cuando apenas estaba saliendo de las manos aleccionadoras de André Antoine. Aquella su primera comedia se intitulaba *Le Marché*, y fué realizada todavía a la buena sombra del creador del Teatro Libre. La segunda, en la que Bernstein trató de fijar su estilo propio, personal, estrenada en 1902 con el título de *Le détourné*, le proporcionó la ansiada notoriedad. A partir de entonces y durante no pocos años, desde luego los anteriores a la primera guerra, disputaron el aplauso y los favores del público parisien tres Henris: Lavedán, Bataille y Bernstein, sostenedores del llamado teatro de amor que en Francia tenía muy ilustres antecedentes en Marivaux, en Musset.

Por supuesto, ninguno alcanzó la profundidad de sentimientos, la gracia, el encanto amoroso, el aliento poético del autor de *Les fausses confidences* o del autor de *On ne badine pas avec l'amour*. Su fórmula parecía ser la que dejó como gran verdad sentimental Maurice Donnay: "L'amour aux cent nuances, comme le cou de la colombe".

En un lapso de medio siglo, Henri Bernstein compuso muchas, muchas comedias, con un propósito de sátira social o de costumbres y cierto toque sentimental muy eficaz a los ojos del común espectador, pero cuya verosimilitud, según él mismo confesaba, era cosa secundaria; en cuanto a esto, su principal cuidado era guardar las formas. Luego, siguiendo en ello a Sardou, se preocupó porque la índole teatral de sus piezas descansara en la situación, en la intriga que acosaba a sus personajes. Con esta fórmula y con las consiguientes reacciones de forma, exploró los diversos matices del manido *ménage à trois*, el famoso triángulo amoroso del teatro francés de boulevard.

Su popularidad como autor dramático llegó a la cúspide en cierto momento de preguerra, muerto ya Sardou. Obras como *El ladrón* (1906), *Sansón* (1907), *Israel* (1908), *La garra* (1909), *El Secreto* (1913) plantean conflictos de segura eficacia a los ojos de aquellos espectadores de la época: la desesperación amorosa, el prejuicio antisemita a propósito del caso Dreyfus, lo que hoy se llama *suspense* acerca del autor verdadero de un robo, el marido que se arruina sólo para arrastrar en su caída al amante de su mujer, toda una serie de conflictos hábiles, efectistas y pegadizos, no

importaba su grado de inverosimilitud o artificio.

La crítica más autorizada y responsable de entonces disputó acerca del teatro de Bernstein, por momentos muy cercano al melodrama. No faltó quien lo calificara como un mecánico de la escena, un buen jornalero que conocía su oficio, sus recetas, sus moldes, sus fórmulas. Otros críticos vieron en sus obras una especie de gimnástica: Henri Borda en *La vie au théâtre* compara su producción dramática con un gimnasio muy particular, donde los gimnastas o los atletas adoptan situaciones, actitudes o posturas de todas clases, menos la que debe ser normal.

Por otro lado, no pocos dramaturgos lo consideraban un maestro, ágil, habilidoso, muy diestro siempre. Cuando sobrevino la guerra 1914-1918 prestó su servicio militar, pero no abandonó el teatro, que era su verdadera vida, y compuso entonces comedias como *El asalto*, *Después de mí*, *La evolución*, que mostraron cierto progreso en la elección de temas, otro carácter, posiblemente menos sensacionalista pero siempre fundado en la eficacia de las situaciones. "Lo que vale —proclamó en esos días— es el pensamiento hecho nacer en los espectadores, son los ensueños sugeridos a ellos por los personajes, por las palabras o por los silencios que hemos creado en la escena". Pasada la guerra, creyó conveniente modificar su manera. *Judith* data de 1922. *Melo*, estrenada al año siguiente, sirvió para que Charles Boyer realizara una temporada de dos años ininterrumpidos en el Théâtre du Gymnase. En la galería de los espejos, en *El veneno* procura alternar como señal de su evolución el estudio psicológico y las situaciones melodramáticas. Cuando fueron representadas, como éxitos sucesivos, *Esperanza*, *El corazón* y *El viaje* no faltó quien las considerara como una "trilogía de nuestro tiempo".

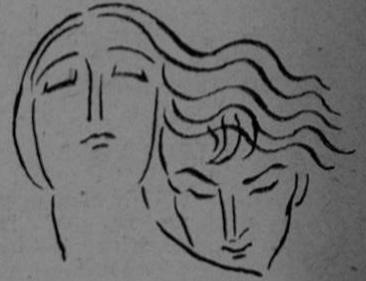
Entre 1918 y 1940 su centro de actividad dramática fué el citado Théâtre du Gymnase, asiento permanente de todas sus comedias. A partir de 1940 se pasó con todo su repertorio y sus nuevas obras al Théâtre des Ambassadeurs. Allí su primer gran triunfo fué *Elvira*, una pieza antinazi en pleno apogeo de la política hitlerista, la dolorosa historia de una mujer austríaca que logra fugarse de los

soldados nazis. Era un dramaturgo muy pendiente de la actualidad, decidido a remozar su teatro y sus asuntos, y muy valiente para encarar los problemas.

Esta pieza y su actitud ante la campaña nazi, lo obligaron a expatriarse cuando los ejércitos de Hitler ocuparon París. Abandonó su Théâtre des Ambassadeurs, viajó a América y se refugió en Estados Unidos. No volvió a Francia hasta 1946, cuando la campaña de Charles de Gaulle a cuyo lado sirvió. Escribió *La soif*, que fué otro éxito, y otras piezas que estrenó en su antiguo local del Ambassadeurs. Su última comedia, *Evangeline*, estrenada el 1º de octubre de 1952, con Danielle Darrieux y Raymon Pellegrin en los papeles centrales, no se apartaba mucho de su estilo habitual, de lo que en él desde un principio fué su característica; por ello la crítica parisiense la calificó, lo mismo que antes hizo con piezas diversas, como una "comedia romántica", un cuadro de caracteres complejos realizado a la manera de un relato, un cuento o una novela.

A su muerte los periódicos de París se volcaron en recuerdos elogiosos del veterano dramaturgo. Entre las notas escritas sobresale la de Jean-Jacques Bernard, por la circunstancia particular de que éste, hoy crítico, comediógrafo, hombre de teatro, conoció cuando era niño al ya ilustre escritor un día que su padre, Tristán Bernard, y Lucien Guitry discutían con Bernstein algo acerca de una de sus comedias. Cuenta Jean-Jacques Bernard que estaba aquel día a la puerta de su casa, sentado en la bigotera de un coche, viendo y oyendo a medias aquella conversación. Cuando Bernstein se retiró, oyó que Lucien Guitry decían a su padre, acentuando la frase con un gesto de la mano: "¡Ya lo creo que está bien la obra de ese joven Bernstein!" Esas palabras se le grabaron en la memoria, acaso por el tono en que fueron dichas.

El sepelio de Bernstein le recordó a Jean-Jacques Bernard el de Henri Bataille, treinta años antes —el autor de *Mamá Colibrí* y de *La Mujer desnuda* murió en 1922. Entonces Bernstein estaba en el pináculo de la popularidad, y su silueta dominó a la multitud deseosa de escuchar su patética oración fúnebre. La muerte de Bataille fué el primer toque fu-



nerario de su generación. La de Bernstein ha sido el postrero, por que él representaba el superviviente último de aquella escuela dramática que dominó en los primeros años del siglo, el momento de mayor auge del artificio escénico en Francia. Jean-Jacques Bernard alude a la lucidez y al tremendo esfuerzo de Bernstein por seguir o acomodarse a la nueva escuela dramática que tienda a devolver a la escena la verdad de que Bataille y Bernstein la habían despojado. Frente a los jóvenes de hoy, Bernstein se encontró solo, solitario. "No era acaso conmovedora —anota Jean-Jacques Bernard— esa violencia que ejercía sobre sí y su espíritu este hombre violento para ponerse a tono con los jóvenes? Si bastase la voluntad para ser lo que no se es, qué nombre prestigioso nos hubiera dejado..."

Parece que Bernstein era hombre que experimentaba e inspiraba sentimientos contradictorios. Sus inquietudes se traducían a veces en crueles resentimientos, y sin embargo, era capaz de impulsos generosos. "Era un cerebro — observa Bernard— en el que luchaban huracanes contradictorios, y no conozco a nadie que pueda afirmar que fué constante y permanente su amigo. Pero también hay que decir que no era posible enfadarse con él de un modo definitivo..." Francois Mauriac, por su lado, en una nota aparecida en *Le Fíguro* al día siguiente de la muerte del dramaturgo, decía, "Con él se encontraba uno siempre entre dos rompimientos". Sus compañeros, sus colegas, conocieron sus violencias y sus efusiones, su carácter tempestuoso, sus generosidades y sus injusticias, sus rencores y su capacidad de amar. Sobre si dejará una señal en la historia del teatro francés, sobre lo que él puede representar en la producción dramática de principios de siglo, sobre su personalidad innegablemente singular, disertaron por días, a raíz de su fallecimiento, los eruditos y los críticos de París. Parece probado que si Henri Bataille y sus contemporáneos cultivadores del teatro de amor dieron un viraje cuyo primer síntoma aparece en *La marche nuptiale*, fué porque apareció en la escena francesa Henri Bernstein con nuevo vigor, con renovados paroxisimos y sensualidad.

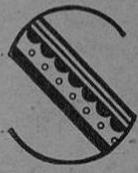
Podremos tener una imagen exacta del teatro de Bernstein figurándonos su propio naturaleza, al decir de Bernard, sin medida y sin freno. Tuvo la fortuna de que sus obras primeras estuvieran ser vidas por actores excepcionales como Lucien Guitry y Mme. Simone.

Henri León Gustave Charles Bernstein Seligman —tal era su nombre completo— había casado en 1915 con Antoinette Martin, una dibujante de la que tuvo una hija y de la que hubo de divorciarse en 1932.



Robert Frost y las cosas silvestres

Por RAMON SENDER



ANDBURG y Frost son los poetas más viejos de los Estados Unidos. Robert Frost es el campesino, el hombre del bosque. Sandburg, el hombre de ciudad, el vagabundo de los barrios extremos. Al cumplir Frost los ochenta años, su editor ha querido celebrarlo publicando en una edición reducida de 650 ejemplares una especie de antología hecha por el mismo autor, organizando una fiesta en el Waldorf Astoria y convocando a los periodistas. Por algunos días, ha habido en todas partes una especie de jubileo Frost.

Incidentalmente, uno de los escritores que se han ocupado de Frost dice que el hecho más sensacional de estos tiempos en Norteamérica no es la bomba de hidrógeno ni las tareas del comité senatorial contra las infiltraciones comunistas, sino el que un ciudadano americano haya podido sobrevivir a la prisa, el materialismo, la pasión del dólar y haya estado durante sesenta y cinco años escribiendo poesía. Incluso gran poesía. Si la poesía de Frost es grande o no, sería laborioso y complejo determinarlo. Por el momento basta con que sea poesía.

Para Frost la poesía no se concibe sin cierta virtud y cualidad silvestre. Sin cierto "salvajismo". Es lo que dice refiriéndose a Dylan Thomas y a otros de su misma tendencia sensualista. Naturalmente, el salvajismo se entiende de aquí —supongo— como virginidad de los sentidos y de la mente. Es decir, aptitud a entrar en las zonas no exploradas con un alma también nueva.

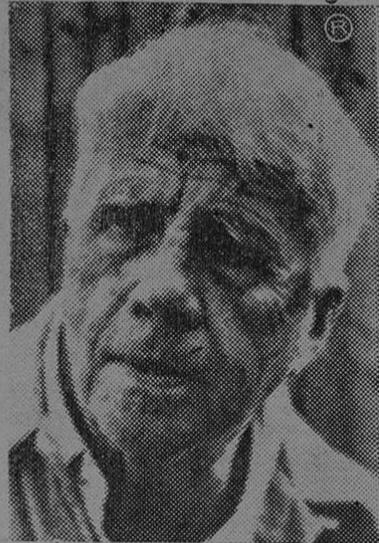
Frost estuvo siempre en medio de los acontecimientos, pero los vivió todos "desde el bosque amarillo". Pasó ocho años sin interrupción recluido en una pequeña propiedad campesina y viviendo como un hortelano del producto de las legumbres y frutas que cultivaba.

Encontró la libertad en la servidumbre a la naturaleza y a la poesía. "Puedo ser un mal horticultor o un campesino perezoso e ignorante, pero eso es sólo asunto mío y no le interesa a nadie". En cuanto a la poesía es diferente. El no se ha atrevido nunca a decir de sí mismo que es un poeta. Eso deben decirlo los otros. Pero se atreve a definir la poesía. La definición de la poesía es siempre una tarea ardua. Frost se vale de su expresión anterior: La poesía es el lugar donde viven las cosas silvestres.

En cuanto a su sistema de trabajo, no tiene ninguno. No escribe cada día ni cada semana ni siquiera cada mes, pero puede asegurar que poco o mucho escribe cada año. Dice que si escribiera cada día, con un sistema preestablecido, sólo podría escribir un solo poema, siempre el mismo, largo, interminable.

Frost recela de la facilidad. Cree que la poesía es un difícil y pequeño hallazgo sagrado.

Tiene fe en los hombres y en las cosas. Cree que el mundo tiene congruencia y lógica y que vamos "a alguna parte". Cree que los que dudan de que las cosas tengan sentido transcendente son enfermos o, al menos, personas sin energía ni verdadera vida in-



terior. "Yo estoy seguro de que todo tiene una orientación y una dirección. Si algún día deo de creerlo, preferiré no levantarme más de la cama".

Frost es el poeta americano que ha obtenido más veces el premio Pulitzer. Lo tuvo en 1924, 1931, 1937 y 1943. En el homenaje de sus editores, que consistió en una fiesta en el hotel antes citado, entregaron ejemplares autografiados de su "Aforesaid" (Dicho anteriormente). Había personalidades de todas clases. Desde poetas ingleses como Auden hasta jueces federales de nombre hispánico ya famoso como Gene Tunney y senadores como Flanders.

Una de las cosas curiosas que dijo Frost es que la prosa le parece más difícil que el verso y que siempre le costó más trabajo. Una vez intentó escribir una novela, pero después del primer capítulo comprendió que era poesía también y la abandonó.

Se considera a sí mismo un hombre medio profesor, medio poeta y medio horticultor, es decir, con "tres mitades". Un poco monstruoso.

La facilidad del verso sobre la prosa no es extraña en un hombre con la devoción de lo virginal y silvestre. Todo trabajo literario en prosa excluye la virginidad, puesto que la prosa na-

rrativa, descriptiva o interpretativa se escribe con ideas y juicios, es decir, con los elementos más lejanos a cualquier forma de silvestre naturalidad. Una sensación y su trasplante al mundo de los sueños poéticos es un proceso que exige sólo una mínima intervención de la razón. La sensación puede ser "silvestre". Por usar las palabras de Frost y su repercusión en el sueño, también. Pero la idea, no.

Donde toda virginidad es imposible, es el mundo del raciocinio. El niño cuando forma la primera opinión en su vida pierde con ella un poco de la sincera, primitiva y "silvestre" luz de sus ojos. La dificultad de Frost para la prosa no es común a todos los poetas líricos. Hay una ley de compensaciones según la cual el uso del raciocinio en una prosa limpia y directa suele ser el mayor ejemplo de la madurez genuina del poeta. Entendámonos. Puede haber un poeta lírico exquisito (como Rimbaud) que no sabe lo que es la prosa. Y que cuando la escribe, escribe versos libres. La vena poética de Rimbaud se agota en la primera adolescencia. No sólo no vuelve a escribir más versos en su vida, sino que reniega de los que escribió. Se puede dar, pues, el poeta lírico de un modo casi inconsciente. Como la sensación puede saltar al plano de los sueños sin pasar por la razón. Y, de hecho, se ha dado en los tiempos modernos con mucha frecuencia.

Hay otro tipo de poeta, sin embargo, que se establece con la misma facilidad y gallardía en los dominios de la prosa. Ese difícil ejercicio es, según creo el de la maestría final después de la cual todo lo que digan, piensen y hagan los poetas tendrá el sello de una ejemplar madurez. Desde Becquer y su prosa exquisita de las "Leyendas" hasta Machado con su "Juan de Mairena", pasando por Rubén Darío y sus ensayos críticos, casi todos los poetas mayores han dominado la prosa y hecho de ella como el instrumento gracias al cual el autor nos puede mostrar también las dimensiones lógicas y congruentes de su entendimiento. La prosa sirvió a Valle Inclán y sirve



a Juan Ramón Jiménez dócilmente para analizar su razón como el verso para cristalizar sus sueños o las vaguedades de su sensibilidad.

Frost cree que todo el universo se puede reducir a la necesidad de inmortalizar la creación misma natural por la imagen, por la creación lírica. Cree que la bomba de hidrógeno es una frivolidad y que siempre hubo motivos tremendos de angustia entre los hombres. A pesar de todo, el poeta ha sabido dar una idea trascendente de sí mismo que el mundo no halla en el laberinto de las pequeñas y absorbentes tareas: el dinero, la política, la lucha por la preeminencia. El poeta es la última esencia. Pero ¡cuidado! Frost no ha dicho nunca que sea un poeta. Lo repite siempre que tiene ocasión y pone tanto énfasis en sus palabras que no faltará quien lo crea.

La obra de Frost es, sin embargo, delicada y cuantiosa. Más de diez libros entre los cuales el público recuerda especialmente "Arroyo hacia el oeste" (1928) "El árbol testigo" (1924) y "Más cara de la piedad" (1946). En los veinte primeros años de este siglo, Frost era ya un poeta estimado en los Estados Unidos y en Inglaterra, y hoy es considerado por los más jóvenes e iconoclastas como un poeta de ángulos originales y resonancias modernas, a pesar de sus ochenta años. ¡Ah!, y más discreto que "silvestre" para los gustos de nuestros días, diga lo que quiera el autor. Su obra, en la que no hay afectación ni snobismo, es a veces prosaica o de una rima un poco apoyada e insistente, pero no es nunca irremediablemente vulgar ni sabida ni obvia. Como dice en su poema "El camino que no tomé", Frost eligió en el bosque amarillo la ruta menos transitada. Todo lo que ha escrito ha tenido siempre la nota del hallazgo, a menudo humilde, pero de una humildad que por serlo ofrece los encantos de lo secretamente permanente, puesto que, como dice Santa Teresa —gran entendida en poesía—, la humildad es la sola verdad. También Frost tiene a veces giros transcendentales, es decir, religiosos:

Con una voz siniestra me decían:
tu secreto lo sabe todo el mundo,
la gente extraña sabe que estás
solo,
tú, en el hogar, sin luz ni compañía.
todos dicen ahora por ahí
que me han dejado solo a mí, sin
nadie,
solo y sin nada, solo,
que no me queda nada más que
Dios.



TREINTA Y NUEVE.

DEJAD A LOS NIÑOS...!

Obra analizada: *Cabezas de mis niños*,
realidades de Lilia Ramos — 1950.

Estimado señor Director:

Lilia Ramos se ha manifestado siempre como una incansable educadora. Le ha agradado verse constantemente rodeada de niños. Y de niñas. De todas las edades. De todas las clases sociales. De todas las culturas.

Observadora eficaz, no ha perdido detalle alguno en lo que a la infancia se refiere. De esta íntima preocupación, muy maternal, Lilia ha formado un precioso conjunto de retratos. Este libro es, pues, una Sala de Retratos. Dibujados con cariño entusiasta, con hondo interés. Aparecen, en el luminoso desfile de infantes, siete hombrecitos, ocho mujercitas. Todas las cabezas han sido delineadas con ese afán psicológico que la mujer culta pone en cuanto la rodea.

Abre la teoría encantadora un niño, Claudio. Muy consentido. Hay en todos los gestos suyos, en todas sus palabras, una ironía inteligente y suave. No conoce aquella otra: la de los adultos, que no es sino crueldad intelectual.

Los temas románticos lo desconciertan. Desdeña las frases que, a fuerza de ser repetidas, se convierten en mentiras consagradas.

Sufre hondamente. Sabe que la propia madre es mala. Del hombre preferido por ella, el niño no quiere aceptar nada. Ni una caricia. Ni un regalo. Tal actitud lo obliga a rechazar, con enérgica decisión, todo cuanto su madre le da.

Es una almita angustiada desde la aurora de la existencia. ¿Hasta cuáles oscuras regiones anímicas llegará en sus angustias?

José Luis es un muchacho de difícil manejo. La cólera se impone en su espíritu inconforme. Hay, en aquella conciencia infantil, una profunda inseguridad. Parece insensible a toda demostración cariñosa. La piedad ajena lo hunde en una involuntaria agonía. Se ve dominado por un resentimiento incapaz de razonar. Su alma refleja, en cada instante, la cadena de dolores que han agobiado y agobian a la madre injustamente perseguida por los sinsabores, por los desengaños.

Hilda descompone los rasgos bellos de su rostro encantador con gestos de actitud agresiva. La inconforme habitual olvida las diversiones propias de su edad, abandona cuanto puede serle agradable. Sin temor al viento frío y a la lluvia incansable, ayuda a su madre a vender los periódicos de la tarde. ¿No tiene razón esa chiquilla llena de encantos para estar siempre en actitud agresiva?

Un negrito de ojos inmensamente asombrados: ese es Henry. Espíritu burlón como hay pocos. La burla le sirve, a la vez, de defensa y de evasión. Así oculta su timidez exagerada.

Simpática, muy de maestra comprensiva y generosa es la lección que da Lilia a sus alumnos para convertir gestos ingratos en cordiales manifestaciones de humanidad profundamente sentida.

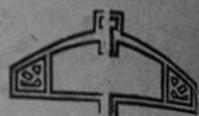
Siempre a la defensiva, Pablo vive en una eterna desconfianza. Parece un niño acosado por las injusticias de los demás. La educadora se ve en la obligación de orientar, con el consejo amable, a la madre áspera y fea. Así puede, con ternura, despertar, en ella y en el hijo, la confianza perdida, tal vez para siempre.

Inefable delicia causa en nosotros el encontrar en Cecilia, un hondo sentido del humor alegre y gracioso. En sus labios ingenuos, el comentario festivo no hiera. Provoca la sonrisa. Nada más.

Juan Alfonso es triste porque es tímido. No juega. Las angustias del hogar suyo lo han hecho perezoso, distraído, hablan. Así efectúa la necesaria evasión de una realidad ingrata. La inseguridad de su espíritu necesita ternura, mucha ternura. Ese cariño realizará un milagro. Ha de librar a Juan Alfonso de su desesperanza inquietante.

Pequeñitas, delgadas y tristes son las dos hermanas de nombres perfumados: Rosa y Violeta. Van silenciosas. La Vida las esombra. Con sus alegrías. Más todavía, con sus ingratitudes. Un hogar desolado. No entra el sol. No llega la alegría. Allí no existe otra luz que la de las miradas tristes de las dos hermanas de nombres perfumados. Rosa y Violeta. Violeta y Rosa.

Como fácilmente se desprende de cuanto digo, este pequeño libro es una sabia lección de psicología aplicada. Es un mensaje de amor hacia los pequeños seres desamparados. Las maestras debieran leerlo con atención. No solamente leerlo. Eso no tendría eficacia alguna. Están en la obligación de lle-



ASI
VISTEN
ELLAS

Margarita
Cardona

*Clavel de la
alegría que afir-
ma su luz en
la mañana...
Instante de la
gracia, ritmo y
color, brotan-
do de la magia
en su presen-
cia...*

(Foto
Arévalo)



var los sanos consejos de Lilia Ramos a la vida. En las aulas. En los hogares de muchos estudiantes que no saben cómo brilla el sol de la esperanza, cómo huelen las flores de la alegría, cómo entonan sus notas los himnos de la justicia.

Nos deja el libro de Lilia el sentimiento de un deber que no hemos cumplido. Sus páginas nos inspiran un deseo de ser buenos, generosos, nobles con esa infancia que todo lo merece y que nada ha recibido.

Nos obliga a pensar con respeto y con piedad en la angustia ingenua que surge y se rebela en esas almas infantiles. Nos orienta hacia la verdadera comprensión de un hondo resentimiento. El que, en forma involuntaria, se manifiesta en cada uno de esos seres que sufren y que lloran sin haber pecado, como de ellos dijo una inolvidable poetisa europea. Vinieron a la vida sin otra razón que la del ajeno placer inconsciente.

En una palabra, señor Director, es un libro valioso. Educa hasta a quienes creen que ya no necesitan ser educados.

Con toda estima saluda al paciente señor Director de LA REPUBLICA,

LUZ DEL ALBA

En abril, después de una visita al Hospicio de Huérfanos en San José de Costa Rica.

